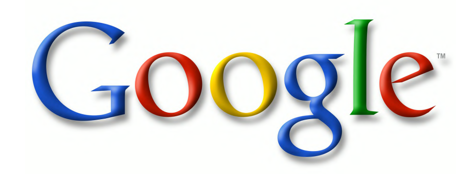
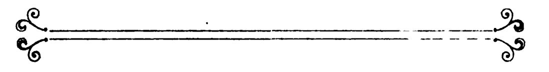






Mi Libro.

MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARIA DE FOMENTO
Calle de San Andrés núm. 15.

1897

PRÓLOGO.

Escribir un prólogo, concienzudo y adecuado á la obra á que debe preceder, es cosa difícil, y á veces fácil, aunque esto parezca paradójico. Y cuando se extrema la dificultad por la poca competencia del prologuista, como en el presente caso sucede, sube de punto lo arduo de la tarea.

Por el contrario, la facilidad de tal escrito depende de las bellezas de la obra para la cual servirá de portada. Lo exquisito y lo galano, lo atractivo y lo deleitable de aquélla, conviértense en inspiración y donosura, y á la vez que la idea surge esplendorosa y exuberante, la pluma corre sobre el papel

como impelida por el numen del buen decir y de las galas retóricas.

Lo primero, lo arduo y difícil de la empresa, es lo que me embarga al escribir estas líneas; no faltándome, sin embargo, la conmoción psíquica y el deleite entusiasta que me ha causado la lectura de la presente obra.

Al leer "MI LIBRO," se recuerdan los buenos tiempos de Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda, y se olvida, con satisfacción, el decadentismo literario que nos iba invadiendo.

Pasó el genuino romanticismo; y quienes, para acabar de hundirlo en su cripta, adoptaron nuevo estilo, cayeron en el extremo contrario, dando culto á lo puramente objetivo: es decir, huyó el alma y quedó la materia; se fueron los sentimientos tiernos y delicados (que á veces—hay que confesarlo—caían en la exageración) y predominó la pasión de los sentidos, con la descripción gráfica de todas sus terribles manifestacio-

nes, y hasta con la de sus ímpetus bestiales. Y si á esto se agrega una fraseología plagada de defectos, se vendrá en conocimiento de que con todo ello se formó un conjunto al que se hizo bien en llamar decadente ó degenerado.

Si el muerto estilo sintetizaba los locos ideales, los quijotescos ahincos y la sensiblería enfermiza; el naciente constituyó la inspiración fría y calculista, la pintura de sólo lo animal y de un materialismo las más veces repugnante y desconsolador; literatura que, aunque tiene algunos chispazos deslumbrantes, es, por esto mismo, de oropel.

Mas entre la literatura romántica y la materialista, hay otra que es y será siempre aceptada por la sana crítica y por el buen gusto. Es la que tiene dotes de sencillez, naturalidad, sentimiento y exquisita inspiración: como la *María* de Isaacs, como el idilio de Bernardino de Saint-Pierre.

El presente libro pertenece á esta clase de literatura. Al leer cualquiera de sus pá-

ginas, se avalora desde luego el sentimiento que las ha inspirado, y parece respirarse un perfume de paz y de inocencia.

Quien vea el título *En el campo*, creerá que va á tratarse de lo que es tan trillado: de pájaros, rosas, verdores y arroyuelos. Pero se engañará: tal composición muestra perceptible originalidad. El conmovedor episodio de *Andreína* revela un acendrado sentimiento de caridad en la autora. *Brumas*, es notable como descriptiva y llena de sentimiento; y estas mismas condiciones tiene la intitulada *Allá! La pequeña extranjera* respira bondad, candor é inocencia. En fin, *Las dos flores* es un relato que, aunque algo extenso, no cansa: idilio lleno de gracia, idilio ternísimo del amor de las flores, y enseñanza de cuánto puede la fe religiosa.

Y así es todo el libro: apacible como el cielo de otoño; tierno y sencillo como la infancia; atractivo como todo lo que es bello, noble y bueno.

Quien lo lea con atención, si no está es-

tragado por el descreimiento y por las miserias morales de este mundo, sentirá como un refrigerio espiritual, y conocerá que la autora, al escribirlo, derramó en todo él su más rico tesoro: las perlas de sus exquisitos sentimientos y los diamantes de su alma.

Luis G. Rubin.

A LA SANTISIMA VIRGEN DE S...

EN EL CAMPO.

Virgen bendita, dulce María,
Flor de los cielos,......luz,.....poesía,
Hoy á tus plantas mi alma llegó;
Viene á decirte que eres su encanto,
Viene á decirte que te ama tanto,
Que cual te quiere, nadie te amó.

Santo consuelo de los que lloran,
A los que humildes, Virgen, te imploran
A los que esperan tu protección,
Siempre piadosa tiendes la mano,
Nadie te ruega jamás en vano;
¡Que Dios bendiga tu corazón!

Es tu iglesita pequeña y triste,
Nunca de sedas ni oro se viste,
Y sin embargo, fué para mí
Rico santuario y Edén bendito,
Cual áurea puerta, que á lo infinito
Se abrió......por tí.........

Llegué una tarde, muerta de pena;
Hermosa tarde, clara y serena
Para los otros......para mí, no;
Que era muy grande la angustia mía,
Y mi alma enferma, muda, sombría,
Ante tu imagen se arrodilló.

Y allí......perdona! manché tu manto
Con el rocío de amargo llanto.
¡Cómo temblaba mi corazón!
Mas tú......la suave mano tendiste
Y de mi vida doliente fuiste
La salvación.

¡Que Dios bendiga tu alma, Señora,
Rayo de luna, rosada aurora,
Cual te bendigo, llorando yo!
Y que bendita, también bendita,
Sea tu sencilla pobre iglesita,
Donde la gloria mi alma entrevió.

8

Adiós, pequeño templo ruinoso,
Adiós, radiaute sol luminoso,
Bellas montañas, quedad con Dios.
Y á tí, celeste Virgen María,
Flor de los cielos,......luz,.....poesía,
Entre mil besos, te digo ¡adiós!

LAS MONTAÑAS DE MI PATRIA.

BALADA.

—¡Adiós, montañas amadas mías! Adiós, cielo de mi patria, adiós!—exclamó el joven viajero con suprema expresión de ternura.

Después, mientras sus cabellos rizados flotaban libres acariciados por el viento, agitó su gorra, saludando á las azules montañas, á los campos esmaltados de flores, y luego quedóse inmóvil, con la vista fija contemplando la aldea, su pequeña y blanca aldea, recostada en la falda de la montaña y todavía dormida!......

El sol asomaba por el Oriente, dorando el alto campanario de la iglesia y las frondosas copas de los árboles. ¡Allí, cerca de

aquel grupo de nogales, que parecían querer tocar el cielo, estaba la casa, el rústico albergue donde había nacido, donde murió su madre!!......

Y más allá, junto al río, la alquería con sus paredes blancas, que besaban las ondas, con las ventanas cubiertas por la enredadera, é iluminada ya por el sol que la acariciaba!...

—¡ Lucía, Lucía!—gimió el viajero! con indecible acento,—Lucía de mi alma, adiós!—Púsose la mano sobre el corazón, como si éste hubiese querido salirse de su pecho, y huyó por la vertiente de la montaña, huyó para que su corazón no le obligase á quedarse allí!......

—Jorge, Jorge, espérame, Jorge!..........

Diciendo esto apareció por el lado de la aldea una niña blanca, con el rubio cabello suelto, ondeando sobre la espalda; corría, corría, corría, sin detenerse!...... y Jorge la esperó......

—¿Por qué has venido, Lucía? la preguntó, cogiendo sus pequeñas manos, con infinita ternura.

—Y te ibas, te ibas sin decirme adiós, Jorge, y asegurabas que me querías! contestó la niña llorando sin consuelo!

—Estás muy fatigada, ven, añadió él, pasando el brazo por su espalda; ven y siéntate, para que descanses.—Y la condujo al caído tronco de una encina.—Lucía, prosiguió acariciando suavemente el cabello de la joven; Lucía, me faltó el valor para despedirme de tí; no hubiera podido, no, irme... si te decía mi último adiós; me quería hacer creer á mí mismo, que iba á verte en seguida! ¡Por eso, prosiguió con creciente emoción, pasé la noche entera junto al río, mirando tu ventana, y cuando oí el primer canto de la alondra, pasé por delante de tu casa, y huí, huí sin volver la cabeza!......

—Si yo lo hubiese sabido! dijo Lucía sin dejar de llorar, yo que no dormí en toda la noche pensando en tí! Cuando ví los primeros reflejos de la aurora, abrí mi ventana, y te ví, te ví, que te ibas, que te alejabas, y te he seguido. ¡Ya no me quieres, Jorge!!.........

—¡Y por quién dejo de ser feliz contemplando tus ojos, sino por tí! ¿Has olvidado, Lucía, que soy muy pobre?

Y como ella, sollozando, nada dijese, añadió:

—Tu madre no me quiere, pero cuando yo vuelva rico, de ese país adonde voy, cuando compre la alquería blanca que tanto te gusta, y tenga muchos rebaños y tierras, tu madre me querrá, y nosotros dos seremos felices!

Escucha, prosiguió con la voz cada vez más conmovida, si tardo mucho en volver, será porque me habré ido al país de donde no se vuelve; pero entonces, cuando bese tu frente el viento que murmura á través de las hojas de los árboles, no creas que es el viento; piensa que soy yo, que vengo en sus alas á acariciarte!!

Sonoro, argentino, cariñoso, llegó entonces á su oído el acento de las campanas de la iglesia, que tanto amaba!

—Lucía, tu madre te buscará; véte para que no te riña.

Y sin que ella, acongojada, pudiese detenerlo, besó su pálida frente, sus rubios cabellos, y alejóse, alejóse, para no volver; mientras el eco de la montaña repetía con acento doliente: Lucía de mi alma, adiós!!

....

....

¡Qué alegres están las pastoras, qué alegres, Dios mío, y qué bellas y armoniosas son sus canciones!

Los pájaros las acompañan con sus trinos y las flores se estremecen de gozo cuando ellas las colocan en sus cabellos! Sólo una no canta, ni rie, sólo una permanece sentada tristemente, mientras bailan las otras!... Ven Lucía, ven y alégrate y canta como nosotras; mira qué hermoso y radiante sale el sol, y qué frescas se encuentran las flores!......

—¡Ay! ¡ay! así estaba aquel día; también entonces, salía radiante el sol, y él estaba conmigo! ¡Oh! dejadme, dejadme sola y tranquila; le aguardo, y no puedo alegrarme!!

Un suave murmurio, suave como un suspiro, pasó rozando las hojas de los árboles!

—Es el viento, dijeron las pastoras, que viene á jugar con nuestras cabelleras; bien venido sea!

—Jorge, Jorge mío! gracias, me voy contigo! exclamó Lucía, tendiendo los brazos y cayendo para no levantarse más!!.........

Cuando acompañéis á las pastoras á las laderas de la montaña para disfrutar del perfumado ambiente de las mañanas de Abril, si oís un susurro á través de las hojas de los árboles, si os parece que alguien suspira besando las flores, salid de vuestro error, no es el viento que pasa, no es la brisa, no, es Jorge, es Lucía, que vienen á visitar las montañas que amaron tanto!!

EN EL CAMPO.

Ver frescas flores, bellos paisajes,
Rubias estrellas, blancos celajes,
Mirar el cielo que quiero tanto;
Ver sonrosadas tardes serenas,
Ver cómo se abren las azucenas,
Del alma mía es el encanto.

En las tranquilas noches de luna
Su luz mirando, sin mancha alguna,
Goza encantada mi alma también;
Alados sueños, blancos y hermosos....
Ecos lejanos y misteriosos
Que me recuerdan perdido edén.

Mas cuando impera noche sombría,
Si cae la lluvia menuda y fría,
Mi pensamiento duerme en su claustro,
Tender no quiere su raudo vuelo,
Porque está obscuro, muy negro el cielo,
Y porque zumba gimiendo el austro.

Me causa miedo cuando se enoja,
Cuando á mis flores audaz deshoja
Y sopla henchido de orgullo fiero,
Hiere á la onda que se lamenta
Y á las arenas blancas avienta
Del bien cuidado, limpio sendero.

A las ventanas de la capilla
De la iglesita blanca y sencilla
Las abre y rompe con fuerte empuje;
La luz se apaga, de miedo al viento,
Que irrespetuoso, sin miramiento,
Hasta en la iglesia soberbio ruge.

Para domarlo la lluvia amiga,
Desde las nubes baja y castiga
Al impetuoso y osado loco;
Sus alas moja, no oye su ruego,
A arrodillarse lo obliga luego,
Y él,...se arrodilla muy poco á poco.

No así te quiero, viento ruidoso,
Te quiero fresco, blando y hermoso
Cuando acaricias y no peleas,
Cuando jugando vas temerario
Hasta la flecha del campanario
Y á la veleta frágil volteas.

Cuando en radiantes frescas mañanas
Del claro acento de las campanas
Recoges toda la melodía,
Y entre las nieblas deshechas, rotas
Vas esparciendo vibrantes notas
Llenando el valle con su alegría.

A las montañas subes corriendo;
Te ven las nubes llegar sonriendo,
Son tus amigas, y allí paseas;
Mas de la nieve te empieza el sueño
Y entonces bajas, siempre risueño,
A las pequeñas pobres aldeas.

Asi te quiero, fresco y suave,
Cantando siempre cual canta el ave,
Así me gustas y te bendigo;
Pero no rujas ni me deshojes
Nunca mis flores,..... y no te enojes,
Mi poderoso y aéreo amigo.

ANDREINA.

"Cierra la ventana, Rosa; está fuerte el viento y va á entrar mucho polvo."—El polvo, mi eterno enemigo, con el cual vivía yo en perpetua lucha y que era lo único que me disgustaba en aquel pueblecillo. Por lo demás, estaba muy contenta; me ha encantado siempre el campo, y paseaba bastante. Aquel día volvía yo de un paseo delicioso; la mañana se mostraba radiante, fresca, luminosa; preciosos paisajes por doquiera y el aire de tal manera impregnado de perfufume, que aspiré encantada el de mi cuarto, pareciéndome que al quitarme el chal se esparcía por el aposento algo de aquellas brisàs embalsamadas, que se habían escondido entre sus pliegues.

Siempre que salía á mis excursiones campestres me quedaba algunos momentos indecisa no sabiendo por cuál lado me dirigiría. San F. con su humilde capillita en lo alto de la cuesta pedregosa; las rocas volcánicas que la rodeaban, aquellas hileras de altísimos *órganos* que parecían centinelas muertos de repente por alguna catástrofe, y que se quedaron inmóviles como petrificados; la escasa vegetación de aquel sitio tan sombrío, me infundían miedo, pero me atraían. Prefería sin embargo el primoroso paisaje de R* * *: allí todo era risueño, juvenil, fresco.

Allí, en los llanos verde esmeralda, pastaban tranquilas las vacas, sin cuidarse de nada; por allí había espléndidas arboledas, majestuosas avenidas de soberbios árboles que unían sus copas frondosas y dejaban lo de abajo en constante sombra. Cantaban los pájaros á millares, y sobre todo había en esos lugares tal cantidad de arroyuelos, fuentes y pequeños lagos, que se sentía uno envuelto en una deliciosa frescura. Los ria-

chuelos corrían á veces como si persiguieran á las mariposas; otros se escondían bajo profundas cuevas como huyendo de algún fantasma, y otros por fin se mostraban quietos, silenciosos retratando en sus serenas ondas las flores y el cielo.

Después de haberlo contemplado todo, había regresado aquel día despacio, deteniéndome gran rato en una vereda para oir los lejanos acordes de una música que sonaba quién sabe dónde. Y no quise saberlo; la preferí así, incógnita, desconocida, oculta. Quién sabe por qué tocarían, quién sabe de qué paraje partiría aquel rumor jubiloso y quiénes lo producían. ¿Sería alguna fiesta? Cuando se extinguió me alejé y regresé á casa, no sin haberme despedido antes de las altas montañas azules coronadas de nieve inmaculada, y á las que envolvía ligerísima blanca neblina, tan idealmente blanca como un velo de desposada. ¿Se casarían las montañas?...... Por fin mis últimas miradas fueron para aquel largo camino al final del cual se entreveía algo de la

gran capital cuyo lejano murmullo parecía que trajera entre sus ondas aéreas ufano el viento. Todo aquello pasó otra vez por mi alma mientras doblaba el chal que parecía perfumado.

—Pero, muchacha, no te dije que cerraras la ventana? ¿Qué miras con tanta atención?

Para verlo yo también me acerqué.

—Es una pobrecita, me dijo Rosa.

Y era efectivamente, una pobre muchachita como de seis años, teniendo de la mano á su hermanito más pequeño todavía. Con tímida voz decía: "Una limosnita por amor de Dios."

—Anda le dije á mi criada, vé á la cocina y que te den algo caliente para ellos.

Al dar á Rosa el pequeño trasto que traía la pobre, me llamó la atención que su mano tropezaba con los hierros de la ventana y no atinaba á pasarlo; y como mis ojos miopes tienen que ver de cerca, me aproximé. ¿Qué tienes, chiquita le pregunté, notando en su cara algo raro, qué tienes, estás enferma?

—No.

—Pues qué tienes en los ojos?

—¡Que no ven!—me contestó la pobre criatura. ¡Que no ven!

Y lo dijo con tal acento, con una voz tan dulce y apagada, tan sentida, tan llena de inmensa melancolía y tan resignada, que no hay vez que piense en eso que no me entristezca y acabe por llorar!

No dijo: "soy ciega," como otros dicen, y está uno acostumbrado á oirlo, no, ella habló de sus ojos.

"Que no ven" Y su voz doliente sin pensarlo ella, y sin querer quejarse, era un gemido!......

La hicimos entrar, la rodearon compadecidos todos los niños y las criadas de la casa.

"Pobrecita! es completamente ciega," decían unos; y los otros: "si está casi desnuda!.... y tan chiquita!"

—¿Cómo te llamas, criatura?

— Andrea.

—Andrea no, eres muy chiquita; te llamarás Andreína.

Desgraciadamente en días pasados se ha-

bía dado á otros pobres toda la ropa innecesaria, nada había de los niños para ella, y tuvimos que arreglarle un traje de persona grande para vestirla. Casualmente el más á propósito era blanco, y á aquel duelo eterno lo vestimos de blanco.

Rosa la peinó, y yo, por otra casualidad, no encontré de pronto nada sencillo, y sujetamos los pobres cabellos de aquella triste mendiga con una cinta de seda.

—Bueno, ya estás arreglada, chiquita; ahora siéntense los dos y coman; ya no tendrás frío; come tranquila.

Se sentaron los dos, pero apenas tomaron algo, se levantaron para irse: él la miraba á ella, y ella hablaba en voz queda.

—¿Qué es eso? ¿por qué no comen más? ¿no tienen hambre? Sí la tenían, pero después de muchas preguntas, supimos que habían de llevarle comida á su tío, y si no, los maltrataba. Vivían lejos, muy lejos, allá...... en el monte! Infelices! les dimos más alimentos, y entonces comieron en paz, silenciosos y tristes.

Todos los acompañamos hasta el camino.

—Vuelvan por acá, chiquitos, siempre los socorreremos. Dios los acompañe, les dijimos al despedirlos.

Y se fueron, cogidos de la mano, tropezando á veces, él por pequeño, y por ciega ella.

Se iban lentamente, y cuando yo los ví desaparecer detrás de los árboles en una vuelta del camino, cuando ya no distinguí á aquella doliente figurita, á aquella claridad blanca que iba envolviendo á una sombra, se me oprimió el corazón y me encerré en mi cuarto llorando.

No he vuelto á verlos, y solamente cuando ya se habían ido y estarían muy lejos, se me ocurrió que debía haberlos hecho seguir por alguien para protegerlos si era posible, librándolos de aquel tio, que yo me representaba horrible, con un solo ojo en la frente, como un ogro, y que esperaba en su cueva á los pobres niños para maltratarlos. ¡Ay! no se me ocurrió; y nunca me he perdonado aquella falta involuntaria.

Desde entonces me informo siempre de

cómo y dónde viven los pobres, y sobre todo si son niños. Desde entonces, siempre que doy limosna, la doy á mi nombre, y.... también á nombre tuyo...... Andreína!.....

VAMOS A LA FIESTA DEL CARMEN?

Es el último toque de campana
Y está fresca y hermosa la mañana:
El sol brilla radiante.
Vamos pronto, la iglesia estará llena;
Ya lejana una música resuena
En el aire vibrante;

El sol dora las cimas de los montes.
¡Qué serenos y limpios horizontes!
¡Qué delicioso día!
Es la fiesta del pueblo, hoy es su *santo;*
Celebra á su patrona que ama tanto,
Y de gala se viste la alegría.

Estallan los cohetes por doquiera,
Y la brisa gentil corre ligera
De flor en flor, llamándolas á misa.
Todas listas están y engalanadas,
Y todas de sus galas perfumadas
Le dan algo á la brisa.

Las gotas de rocío cariñosas
Ofrecen á los lirios y á las rosas
Amor puro y eterno,
Y parece una alfombra la pradera
Que galana bordó la primavera
Cuando se fué el invierno.

Ya está cerca la iglesia, hemos llegado:
"De rodillas," la misa ha comenzado:
¡Alma mía, á gozar!
Incienso y armonía, luces, flores;
Es el templo una fiesta de colores,
Desde el coro al altar.

De incienso perfumado, blanca nube
Se aleja de la tierra, al cielo sube,
Va á elevarse hasta Dios.
Mística, dulce, melodiosa y bella
La voz del sacerdote va hacia ella
Y se elevan las dos.

De la orquesta la mágica armonía
En éxtasis sumerge á el alma mía,
En éxtasis profundo.
¡Oh mi alma! que escuchas su concierto,
Alma que cerca estás del cielo abierto,
¡No te vuelvas al mundo!

LUZ DE LUNA.

El sol cansado, la faz hermosa
Reclina en blanda, rosada nube;
La noche lánguida y misteriosa
Quiebra las ondas del mar.... y sube.

Su obscura sombra se va extendiendo,
Los ojos cierran todas las flores,
Y poco á poco se van durmiendo
Cual duerme el astro de sus amores.

La noche duerme los días enteros;
Su pobre vista muy fatigada,
De las estrellas, de los luceros,
Sólo resiste la luz dorada.

Ella no quiere, no ama á las flores,
Porque de luto siempre se viste,
Y la belleza de los colores
La desconsuela, la pone triste.

¿Qué hará la noche mientras dormida
Envuelta en sombras yace la tierra?
¿Tendrá un recuerdo que nunca olvida
Y que en el fondo de su alma encierra?

Tal vez su amiga sepa el misterio,
Por qué está triste siempre y callada,
Por qué está siempre su rostro serio
Y no la anima, ni alegra nada.

Porque una amiga la noche tiene;
Es la adorable, la dulce Diana.
Vedla, se acerca; vedla, ya viene;
Es más hermosa que la mañana.

La ancha cortina de gasa obscura
Entreabre, y entra suave y ligera,
Y al de la pobre, triste hermosura
Su rostro acerca de hada hechicera.

Las dos se besan; la noche mira
A su amiguita con gran ternura,
Y su belleza celeste admira:
Nunca ha envidiado su donosura.

Para encantarse con su mirada
Guarda á la sombra, pliega su manto,
Y entonces, dulce, brilla argentada
Luz misteriosa llena de encanto.

RECUERDO.

Como la casa estaba pegada al antiguo convento del cual algunas ventanas se abrían sobre nuestro jardín, nos considerábamos como sus dueños, y si no lo éramos lo parecíamos. Teníamos permiso para entrar á todas horas, y lo aprovechábamos de tal manera, que lo convertimos en nuestro lugar de recreo y jugábamos en grande. Aunque éramos todos chiquillos, parientes y amigos, nuestros gustos no eran siempre parecidos; algunos, los más grandes, preferían corretear por los patios y claustros solitarios, y aunque nos estaba prohibido, inventaron una vez subirse al companario.

Fué una verdadera escapatoria que no pudo repetirse porque nos condenaron desde entonces toda aquella parte del convento.

Yo no lo sentí mucho por cierto; amaba á las torres y sobre todo á las campanas, pero subirme, llegar hasta la altura, ver desde allá arriba á las gentes como muñecos y sobre todo contemplar el vacío, ver aquel abismo!... ¡que horror, me daba miedo! No, desde lejos, desde abajo, campanas mías. Desde abajo oía yo encantada sus armonías, sus repiques á vuelo que me hacían volar extasiada á través de mundos poblados de ensueños.

Escucharlas otras veces con los ojos cerrados cuando no repicaban y sonaban lentas, cadenciosas.... qué dulce melancolía.... me arrullaban el alma. Sí, las amaba, pero de lejos. Y así á distancia también me embelesaba mirando las torres altas que se elevaban, se elevaban como si quisieran penetrar en el cielo. Los esbeltos campanarios que se alzan erguidos desafiando á las tempestades, y á los cuales no abate tormenta

ninguna, serenos, firmes, inmóviles, son muy bellos.

Por supuesto que al hablar de campanas me refiero á las de otros lugares; en aquel abandonado convento no las había. Allí reinaba el silencio, sólo interrumpido por nosotros que lo hacíamos huir espantado con nuestros ruidosos juegos, pero que volvía en seguida que desaparecíamos, para reinar á su gusto, sobre todo en los claustros solitarios; siempre solos, y tranquilos. Pasear en ellos me encantaba; me gustaba oír resonar nuestras pisadas y ver nuestras pequeñas figuras dibujadas en las paredes ó en el suelo por algún rayo de luz que penetraba por las ventanas altísimas. "Por aquí se paseaban los monjes," pensaba yo, y me los imaginaba con tal claridad, que á veces instintivamente me arrimaba á los muros para dejar el paso libre á sus sombras calladas y pensativas.

Todos los días, cuando nos cansabamos de pasear y divertirnos, íbamos á saludar al Padre J.

Habíanle arreglado una celda y allí vivía él solo y allí nos recibía siempre cariñoso. Nos preguntaba la doctrina, y si respondiamos bien, nos regalaba estampas. Dios mío, que estampas tan bellas! Para mí eran un ensueño, y el Padre, que me quería mucho, me dejaba escogerlas á mi gusto. Y no eran estampitas para mí, cada uno de aquellos paisajitos en los cuales se destacaba la figura de un santo; me parecían un mundo.

Con ellas en la mano y mientras el Padre se iba á sus rezos, yo me dirigía á la ventana de una celda vacía, y allí permanecía sin moverme y muy feliz, larguísimos ratos, contemplando el paisaje, un paisaje tan bello, que aunque después he visto tantos, no era mejor ninguno.

En primer término y á nuestros pies se extendía la ciudad, ó más bien que extenderse, corría. Sí, eso parecía aquello, una carrera vertiginiosa de todas las casas que bajaban de prisa, de prisa como curiosas que quieren averiguar algo, y tal vez á ellas las atraía aquel ruido incesante, continuo,

aquel rumor constante que subía desde el llano y cuya causa no podía descubrirse desde arriba, por impedirlo las numerosas arboledas. ¿Sería el rumor del mar? ¿Sería tal vez el misterioso y terrífico estruendo de revoluciones subterráneas y tenebrosas? Para averiguarlo descendía aquel ejército de casas grandes y chicas, blancas, rojas, azules, de todos colores en fin; pero tan correctamente bajaban, que no se mezclaban; iban en dos hileras, derechitas, á los lados de las calles.

Al llegar á la llanura parecían detenerse asombradas, no pasaban de allí, y encantadas contemplaban, no el mar ni nada de lo que temieran, sino la preciosa cascada espumosa, plateada, resplandeciente de blancura, que envuelta en radiante polvo luminoso constantemente caía y constantemente murmuraba.

Desde mi ventana no se veía la cascada, pero sí el río deslizándose suavemente entre dos altas orillas verdes y frescas, en las cuales y prefiriéndolas á otros lugares, pasaban horas enteras las garzas blancas mirando

cómo corría y corría el agua. A veces, como si las molestase el ruidoso bullicio de muchas lavanderas que en un remanso del río, mientras lavaban, charlaban y reían, las blancas aves levantaban el vuelo y se iban ligeras atravesando el aire sereno y perfumado. Se iban lejos, lejos, y yo las miraba con envidia. Volar!.... qué delicioso debe ser volar! Yo hubiera querido, como ellas, ver muchos lugares distintos y diversos paisajes, visitar todo el mundo, todo; lo que ellas no podían ni yo tampoco.—Si yo fuera misionero.... pensaba, mirando las paredes desnudas de la celda vacía desde la cual habían partido para tantas excursiones, para tantas lejanas misiones, sus antiguos moradores, aquellos que ó estaban muertos, ó quién sabe dónde existirían; si yo fuera misionero, sería como ellos, valiente, sin temor á ningún peligro, arrostrándolos todos, y haciendo bien. ¡Dios mío! qué felicidad tan grande la de hacer bien! Y siendo misionero, claro está que salvaría muchas almas, muchas, con mis predicaciones y mi buen

ejemplo, y salvaría muchas vidas también, porque aprendería la medicina y curaría á tantos infelices!

Me iría á Africa, á Asia, á muchas partes del mundo, y sería feliz, feliz mirando tantas bellezas, tanta hermosura misteriosa para mí y desconocida como habría en todos esos lugares cuyos nombres yo conocía por mis libros de estudio.

Pero lo que más me gustaba de mi vida errante eran los viajes á pie con un solo padre compañero, á través de los campos y por los caminos solitarios, en mañanas claras, llenas de luz, de luz tan radiante y bella que sólo al pensarlo se me iluminaba el alma. ¡Qué viajes tan á mi gusto aquéllos, mirándolo todo en silencio, sin hablar nada y pensando con el alma tranquila. Pero ¡ay! no era misionero, y mis excursiones de entonces se terminaban siempre al tropezar mis miradas con el "Templario."

Yo nombraba así á la montaña de enfrente que estaba inmóvil y serena con su hábito azul y su manto blanco. Yo no sé si los tem-

plarios se vestirían de ese modo, pero al leer un cuento en que se hablaba de ellos, antojóseme que aquel volcán hermosísimo tenía que parecérseles, por el manto y el hábito, y por lo serio y majestuoso. Algunas veces me lo figuraba también como un hermano mayor cuya cabeza habían encanecido las penas, y que escuchaba atento al hermano más pequeño, mientras éste reclinaba su frente juvenil adornada por los rizos de su cabello, en el hombro fuerte de su valiente compañero.

El *menor*, era la montaña siempre azul que nunca tenía nieve. Pero lo que eran indudablemente los dos, y la misión que seguramente cumplían, era la de ser guardianes fieles de aquel tesoro, de aquel valle lindísimo, de aquel rincón del mundo tan pintoresco y hermoso.

Del tesoro, lo que de seguro les estaba más recomendado era nuestro verjel, nuestro edén, el paraíso nuestro; la huerta inculta y abandonada del viejo convento. Desde que éste no tenía moradores, cuidaban sólo

una parte, destinada á hortalizas y algunas plantas de flores; lo demás era nuestro.

Allí crecían, vivían y eran felices las criaturas más bellas de la tierra: flores, pájaros y mariposas. Vivían solas, libres, dichosas ofreciendo á Dios cantos los unos y perfumes los demás: algunas flores se juntaban como buenas amigas y se mecían dulcemente acariciadas por el viento; otras preferían quedarse solas, pensativas, soñadoras, alzando el cáliz hacia el cielo, envueltas por los rayos dorados de su grande amigo el astro del día. Otras en fin, traviesas, juguetonas, trepaban atrevidas por las paredes musgosas, enmohecidas, y se asomaban curiosas por las altas ventanas de la iglesia silenciosa.

Y había tantas y tantas de tan diferentes colores y esencias, crecían tan frondosas, que á veces formaban bosquecillos en los cuales no podiamos penetrar.

Y volaban entre ellas las mariposas, y les cantaban los alados trovadores... ¡Qué luz tan radiante! ¡qué aire perfumado! ¡cuán felices mis nueve años!....

¡Ay! verjel, edén querido!.... ¡ay! ventana del viejo convento, no he vuelto á verlos más!

EN EL JARDIN.

Todo en silencio reposa,
No se mueve hoja ninguna;
La dulce luz de la luna
Llega dsepacio al jardín.
Junto á la espléndida rosa
Detiénese un solo instante,
Y trémula y anhelante
Se acerca luego al jazmín.

—¿Eres tú, mi blanca Diana?—
Dice la flor despertando;
—Contigo estaba soñando,
Mi alma en sueños te besó.
Desde la fresca mañana
Hasta la tarde serena,
Contemplarte, mi azucena,
Contemplarte anhelo yo.

Eres tan dulce y tan bella!
—Tú eres pálida y callada,
¡Oh! mí luna idolatrada!
—No hay cual tú, ninguna flor
—No hay cual tú ninguna estrella;
Eres lánguida y suave;
Por tí, leda canta el ave
Sus dulces trovas de amor.—

Asi dice á su adorada
El jazmín, nevada estrella;
Lo escucha en silencio ella
Y se contemplan los dos;
Y al llegar tras la alborada
La gentil, risueña aurora,
La pálida luna llora:
"¡Amado del alma, adiós!"

LÁGRIMAS.

Aquí en mí huerto de los "Rosales,"
Los que se miran en los cristales
Del sosegado manso arroyuelo,
Bajo la sombra de mis frutales,
Sueño contigo mirando al cielo.

Desde la noche pálida y triste
En que de mi alma te despediste,
Ni sé si vivo, ... ni sé si aliento,
Pero mi alma de luz se viste
Cuando acaricia mi frente el viento.

Tal me parece que tú lo envías
Y que él te lleva caricias mías,
Las que guardaba mi amor profundo;
Lo que de mi alma no conocías
Hoy te lo envía. . . . . para otro mundo.

Mis dos palomas blancas y hermosas,
Las que anidaban bajo las rosas,
"Romeo" y "Julieta," cual tú decías,
Me han preguntado por tí, afánosas,
Y me preguntan todos los días.

Las azucenas que tanto amabas,
Mis hermanitas, cual las llamabas,
Están tan tristes como el jazmín;
Las madre–selvas, que tú cuidabas,
Ya nunca se abren en el jardín.

Todo se queja, llora y suspira:
La alegre brisa cansada gira,
Y hasta la hiedra que escala el muro
Con desaliento sus flores mira
Y lleva triste ropaje obscuro.

Sólo mi alma no vierte llanto,
Tan sólo ella,.... que te amó tanto;
Y es porque al cielo ve, noche y día,
Y de él recibe, cual dulce encanto,
La luz que tu alma de allá le envía.

EL CERTAMEN.

CUENTO.

—

Las golondrinas fueron las encargadas de conducir los billetes de invitación á todos los súbditos del rey de los pájaros. Se trataba nada menos que de un certamen en el cual se concedería un magnífico premio al que cantase mejor. El premio consistía en un mediecito dorado con una cinta azul en un agujerito, que había servido de bolo en un bautismo, y que un gorrión arrebató á una urraca, llevándoselo en triunfo al ruiseñor!

El día 3 de Julio designado para el concurso, una multitud innumerable de cantores

alados se dirigía al lugar escogido para la reunión. Era éste, el hermoso jardín de una villa de Italia, antes muy floreciente y ahora casi en ruinas. Un sol espléndido brillaba en el cielo, y suave brisa acariciaba las flores.

¡Atención! Ya no falta ninguno. El gorrión encargado de introducir á los demás anuncia que los italianos no concurren porque como se han vuelto liberales todos, están de luto por la muerte de.... H***; que los otros pájaros que no están presentes, han avisado que circunstancias particulares imposibles de evitar, les impiden tener el gusto de acompañarlos; dicho esto, cierra el portero con dos varitas el lugar que ocupaba la antigua puerta. El ruiseñor, soberano monarca y juez del certamen, ocupa su asiento, delante de una frondosa mata de arrayan. Va á empezar el examen; todos los pájaros se estremecen inquietos, y en el momento en que un cardenal, encargado de la campanilla, va á agitarla, se escucha un golpe seco en la puerta de la entrada. ¡Có-

mo! se preguntan los presentes mirándose unos á otros, ¿no estamos aquí todos?

—Allá voy, grita el gorrión, precipitándose á abrir, al oirse un segundo golpe más fuerte que el primero.

—¡Misericordia! exclaman todos los pájaros, al mirar al recien llegado, que se adelantaba con paso grave y pausado.

—Esos, dice una calandria americana á un mirlo su vecino, en América no son pájaros.

—Señora, contesta el mirlo, ignoro si ese será un pájaro de las regiones del Norte; en el Mediodía no lo es; yo soy español.

—¡Ah! murmura la calandria.

—Vd. dispense, dice entonces un canario cercano, yo he nacido en Alemania, y allí ése no pertenece á nuestra raza.

—Ni en mi país tampoco, añade un danés.

—Vengo, dice llegando tempestuosamente el gorrión, á explicarles á Vds. lo que acabo de decir á aquellos señores—añade señalando á los otros pájaros;—ese célebre intruso, aunque tiene alas, no es más que

un pato! Yo no quería abrirle, cuando lo espié por una rendija, pero oí su voz ronca, que gritaba: "Abrid en nombre de..." y yo, comprendiendo que venía de parte de la justicia, no lo dejé acabar y le abrí. Por lo demás, añadió, voy á saber cuál es la voluntad del ruiseñor. Y batiendo las alas se alejó como vino. Acercóse al juez, y luego dirigióse al estraño personaje, que miraba sonriéndose el escándalo producido por su llegada.

—Dice su majestad el rey, dijo el gorrión haciendo una cortesía y guiñando un ojo á sus compañeros, que me manifiestes qué es lo que se te ofrece!

El pato, en vez de contestarle, dirigióse con altanería al ruiseñor y le dijo, echando la cabeza para atrás:

—No he contestado á tu enviado, porque es un grosero y se atrevió á tutearme, y has de saber tú, que yo aunque no nací allí, me he educado en Inglaterra, y tú y todos los demás me habeis de llamar Milord.

—Dime primero, contesta el ruiseñor con

dignidad y sin llamarle milord, quién te ha invitado.

—Los ingleses, aunque no sean invitados, son deseados y bien recibidos en todas partes y no necesitan invitaciones, contesta el pato irguiéndose con orgullo, sin advertir que el gorrión, colocado á su espalda, le estiraba las plumas de la cola.

—Aquí, dijo el ruiseñor con altiva majestad, sólo tienen entrada los que cantan, y sólo hemos hecho una excepción, á favor del *sumsum*, que por su bella figura es un canto viviente.

—¿Quién es ése? pregunta el pato.

—Soy yo, contesta el colibrí, revoloteando con tanta prontitud al derredor del pato, que éste, aunque dió una vuelta sobre sí mismo para verlo, se quedó en ayunas.

—¡Vaya! dijo bajando la pata derecha que había alzado hasta la altura de los ojos, olvidé en casa los lentes; pero no importa, he visto lo bastante, es un animalillo demasiado raquitico! Y en cuanto á cantar, añade dirigiendose al ruiseñor, veremos quién lo hace mejor.

—Señor, dice al juez el grave cardenal, perderíamos el tiempo; mejor será dejarlo.

—Bien, contesta el rey; que empiece el concierto.......................................

Cantaron primero, por galantería de los europeos, los pájaros americanos habitantes de las selvas vírgenes, y fueron estrepitosamente aplaudidos.

—¡Vaya unos brutos! refunfuñó el pato, ¡cómo se conoce que están por civilizar!

Entonaron después los pájaros de las comarcas escandinavas sus cantares, majestuosos como los antiguos reyes del mar.

—Esos necios, exclamó el inglés, creerán que cantan, y no hacen más que rebuznar.

Tocó entonces el turno á los espirituales y ligeros franceces, que empezaron sus canciones entonando la Marsellesa.

—Esa canción, murmuró milord, atarantado por los entusiastas aplausos de los pájaros, la he oído cantar yo á una lechuza en Londres.

Llegó su vez á los pájaros alemanes, que entonaron admirablemente sus deliciosas

baladas y las canciones incomparables de sus montañas. El entusiasmo de los concurrentes llegaba al delirio.

—¡Miserables! prorrumpió estrepitosamente el pato, cualquiera diría que están borrachos: ¡qué voces tan aguardentosas, qué estilo! Esos salvajes no merecen ser paisanos de Beethoven, á pesar de que ahora recuerdo que Beethoven nació primero en Inglaterra.

Cantaron entonces los pájaros españoles sus melancólicas y graves canciones que parecían haber aprendido en los monasterios de su país; luego otras tan melodiosas y sentidas, que todos los pájaros sintieron húmedos los ojos; pero después, cuando entonaron en coro una serenata andaluza tan alegre y radiante como el cielo de Andalucía, los pájaros todos batieron sus alas, riéndose en medio de sus lágrimas.

—¡Jesús, Jesús! gritaba el *patito*, tapándose los oídos; los españoles ¡qué animales! ¿cómo los dejaron entrar aquí, si no saben

ni lo que es música? No he visto ni uno en Inglaterra! . . . . .

Un silencio profundo reinó en la asamblea; el ruiseñor había dejado su asiento y cantaba! . . . .

. . . .

. . . .

El genio no tiene patria; nadie sabía de dónde procedía el cantor de las noches de luna. Nadie profirió una palabra, ningún aplauso se oyó; á una señal convenida hecha por todos los pájaros, levantóse el cardenal, cogió la cinta con la medalla de oro, y colocóla en la sin rival garganta del rey de los cantores alados.

—¡Que Dios te bendiga! exclamó acercandose á él el mirlo español; tu voz es celestial.

—Gracias; somos casi hermanos, contestó el ruiseñor conmovido; yo he nacido en Granada . . . . . .

—Supongo, graznó el pato inglés, que estaba distraído rumiando su canción, y no advirtió la acción del cardenal, que me habréis dejado al último para no olvidar mi voz y

darme el premio que ninguno ha merecido!

—¡Acertaste! le contestó el gorrión dandole un soberbio tirón de la cola; ahora tú; te escuchamos.

Y efectivamente, los pájaros se colocaron á los lados del inglés.

—Atención! gritó éste; á la una, á las dos, y á las tres. ¡Y cantó!

—¡Socorro! gritaron todos los pájaros huyendo despavoridos, ¡socorro!

—Ya lo creo, murmuró milord, dando una vuelta sobre sí mismo, para contemplarse por todos lados; no hubieran esos pajarracos resistido la impresión de mi canto. ¡El canto de uno que se educó en Inglaterra!....

RECUERDOS.

Á BORDO DEL..............

Bajan las brisas de las montañas,
Por entre flores resbala el río,
Se eleva el humo de las cabañas,
Y salpicándolas de rocío
El viento mece las verdes cañas.

El sol asciende resplandeciente,
Su luz radiante va por doquiera;
A la montaña alta, imponente,
Que enamorada siempre lo espera,
El sol amante besa en la frente.

Los pajarillos alborozados
Cantan y vuelan y son dichosos:
Traviesa el aura juega en los prados
Y tras los árboles majestuosos
Vénse lejanos campos sembrados.

El mar inmenso ya no se agita;
Está tranquilo, manso y sereno,
Y tal parece que en él habita
Un sér muy dulce, un sér muy bueno,
De alma muy grande, noble y bendita.

Tierra europea, cielo querido,
Para vosotros no he sido extraña;
No he de entregaros nunca al olvido.
Sol deslumbrante, costas de España,
¡Cuán tristemente ya me despido!

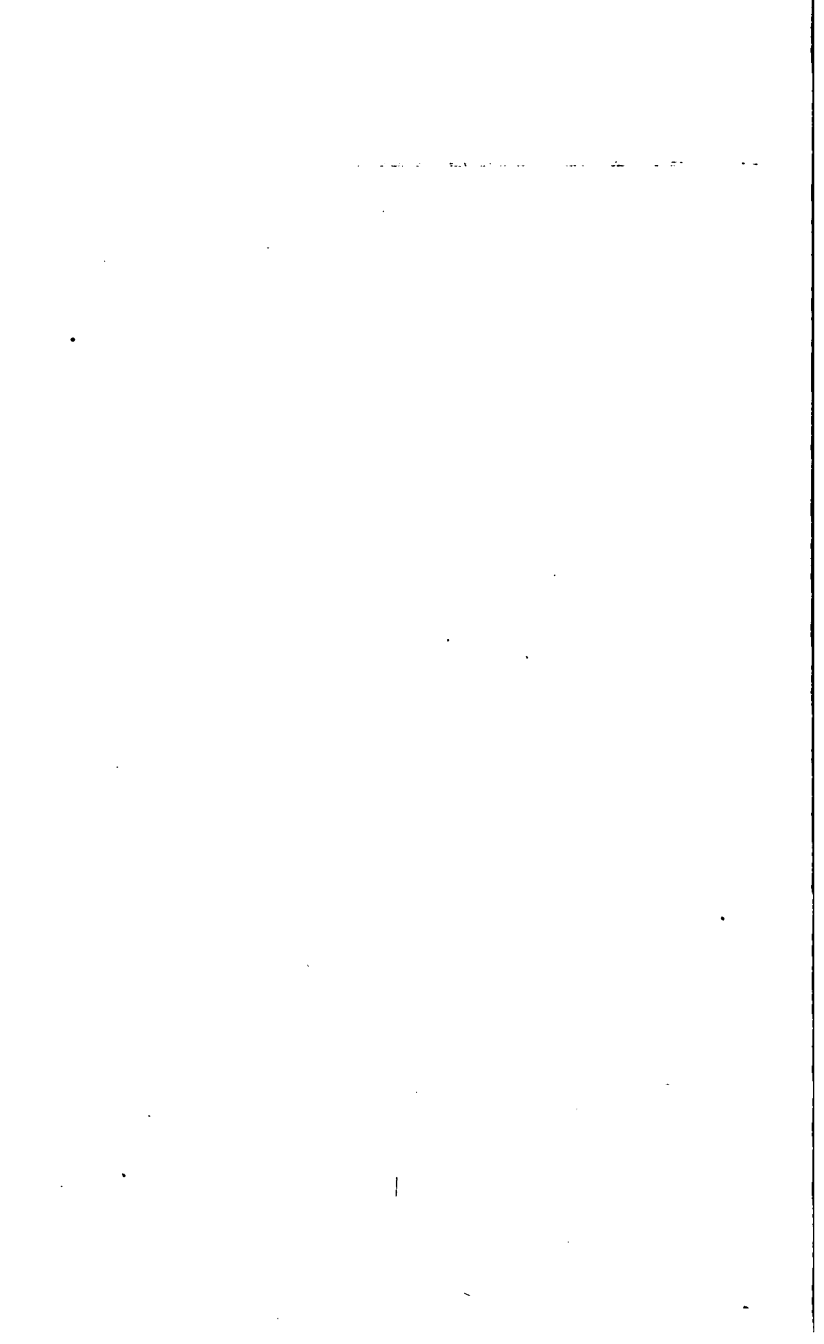
EL ENCANTO DEL CERRO.

LEYENDA.

Entre las paredes agrietadas del convento en cuyos huecos forman sus nidos las golondrinas y las palomas, está todavía una puertecilla baja, tan baja que sólo de rodillas se puede entrar, y ante la cual nos deteníamos siempre anhelando penetrar por allí; y seguramente hubiéramos entrado, á dejarnos las personas que nos acompañaban. Penetrando por la puerta y atravesando (lo que han conseguido pocos) un largo, tortuoso y obscuro subterráneo lleno de peligros, de fantasmas y espantos desconocidos y misteriosos, se llega al "Encanto

del cerro," maravilloso palacio con puertas de esmeralda á través de las cuales se distingue una luz incomparable, y en el que, llegando á penetrar, se queda uno pasmado ante la grandiosa belleza de aquel lugar, lleno de todos los encantos y esplendores fantásticos de los cuentos de hadas. Sin embargo, todo eso es nada comparado con las maravillas que encierra el "Baño de la sirena," al cual se llega siguiendo el curso de los arroyuelos que corren y deslizan sus ondas cristalinas sobre arenas de oro y piedras preciosas, y que se dirigen con un murmullo armonioso al lugar donde "ella" habita con su figura de hada, sus ojos color de cielo y su cabellera rubia y hermosa que forma al rededor de su cabeza bellísima una aureola de luz. Nada hay comparable á su hermosura de otro mundo mejor, á la delicia de sus miradas dulces y á su canto sin igual; lograr su amor es la ventura del Paraíso, pero como todo exceso de dicha, causa la muerte á los que no queriendo conformarse con la felicidad posible en este

mundo, quieren disfrutar las delicias inefables del otro, no pudiendo soportarlas, les estalla el corazón. Esa es la historia del "Encanto," que yo sabía desde niña y que me impresionó agradablemente la otra noche oyéndosela contar á la chiquilla que tenemos de criada de mano, y que me la refería muy formal, sentada sobre el muro de la azotehuela, mientras se destacaba su delgada figurilla en el claro cielo iluminado por la luna, y se oían á lo lejos los acordes de una música que sonaba á gloria, tocando en el jardín de la plaza, y que llegaba hasta nosotras, unas veces clara y otras confusa, según que la atraía ó la alejaba el viento.



RÊVERIE.

Sueño es la dicha soñada
Por el hombre en su existencia,
Y es un sueño la creencia
De mirarla realizada.

Sueños de luz nacarados!
Son ¡ay! los sueños floridos,
En la juventud soñados!
Por la juventud seguidos!

Y el alma ardiente se lanza
Tras ellos en su ansiedad,
Con la soñada esperanza
De hallar la felicidad.

Y así cual los sueños, son,
En la existencia terrena,
Las sombras de la ilusión,
De la dicha, ó de la pena.

Y todo cuanto en el día
Sentimos y acariciamos,
Sea dolor, ó alegría,
En la noche lo soñamos.

Asi en el mundo, lo bello
Es, la adorable memoria,
Es, el divino destello
Del recuerdo, de la gloria!

De aquella patria adorada
Donde á la vida nacimos
Y de la cual, desterrada
Al mundo, el alma trajimos!

¡AY, MI GRANADA!

[Viendo un grabado que representa el terremoto].

¡Oh! vega de Granada, Alhambra mía,
Quién pudiera, feliz y sonriente,
Cruzar ligero la extensión vacía
Antes que el astro de la luz se ausente.

Quién pudiera volar y transportarse
A tus pensiles, mi oriental sultana!
De la noche en las sombras reclinarse
Y verte, al despertar de la mañana.

Dejar alzarse hasta ese cielo tuyo
A el alma envuelta en dulce poesía;
Soñar de tus naranjos al arrullo
¡Quién pudiera lograrlo, Alhambra mía!

Vivir de nuevo en las pasadas horas,
Aquellas horas de ventura llenas;
En tus ricas de luz claras auroras,
En tus noches de luna tan serenas!

Mas ¡ay! tal vez cuando se acerque el día,
Cuando á la sombra el luminar destierre,
Sea tu vega gentil, cuenca vacía
Que sólo muerte y destrucción encierre!

Y entonces... para siempre, adiós Granada
Fuente de inspiración y poesía!
Bella Alhambra... Genil... vega encantada!...
Adiós ensueños de la infancia mía!...

EL ESTRANJERO.

BRUMAS.

—

Como se nubla entristecido el día
Y va en las sombras á velar su duelo
Cuando se oculta el sol tras la montaña,
Así mi vida se tornó sombría
Cuando dejé de contemplar tu cielo
Que luz divina incomparable baña.

Se me desgarra el corazón de pena
Cuando recuerdo, al declinar el día,
La noche aquella sin rival, serena,
En que te dije adiós, ¡oh patria mía!

Tus naranjos, tus palmas, tus jazmines,
De tus montañas la sin par grandeza,
Tus prados esmaltados de jardines,
Mi valle en fin, de sin igual belleza:

Mi huerto al pie de la empinada loma
En que reclina su gentil ramaje
La esbelta palma que detrás asoma
De la casa escondida en el boscaje:

¡Ay! mis palomas, compañeras fieles
De mis paseos á la mansa fuente,
A la sombra de espléndidos laureles,
Que refrescaba mi ardorosa frente:

Oh! acento sin igual de las campanas
Al que juntaba mi plegaria ardiente
De mi infancia feliz en las mañanas!
Hoy de todo placer me miro ausente.

Todo se agolpa á la memoria mía
Al irse el sol, que los celajes dora,
Y cual se nubla entristecido el día,
Mi alma se aflige, se entristece, y llora!

¡ESTA VIDA NO ES LA VIDA!

Es la verdad, es la verdad, Dios mío,
Que no nací para el mundano anhelo;
Me hicisteis vos para aspirar al cielo
Y no á la tierra y su esplendor vacío.

Se inflama mi cabeza, casi estalla
Cuando miro lo bajo de este mundo,
Y sale siempre herido en la batalla
Mi corazón, que late gemebundo.

Yo no te busco, mundanal consuelo,
Gozar no quiero de tus pompas vanas;
Quiero dichosa remontarme al cielo,
Al eco musical de las campanas.

Quiero anegarme en el etéreo océano.
De luz divina que al espacio llena;
Quiero apartar las sombras de ese arcano
Para mirarte bien... luna serena.

Que me envuelva en sus gasas blanca nube
Que hasta el empíreo acompañó galana
Al ángel bello que hacia al cielo sube
Llevando la oración de la mañana.

Me esconderé en tus pliegues, noche obscura,
Y allí de cerca admiraré á la aurora
Cuando despierte candorosa y pura
Sonriendo á los cielos seductora.

Veré en la tarde á la brillante estrella
Que es de la noche luminosa guía,
Y de los astros seguiré la huella
Con tus alas celestes,...... poesía!

—

ALLÁ......

Bajo el capitel obscuro
La alta y gótica ventana,
La hiedra cubriendo el muro,
La luz jugueteando ufana
Sobre el pavimento duro.

La capilla hacia el Oriente,
Al Norte, el claustro sombrío;
Allá... la tranquila fuente
Que, entre flores, hacia el río
Se desliza suavemente......

El mágico sol colora
La nieve de los volcanes,
Triste la tórtola llora
Escondida entre arrayanes,
Desde que nace la aurora.

Del órgano el dulce acento
Por los claustros majestuosos
Se lleva lejos el viento,
Con los cantos melodiosos
De los monjes del convento.

En la aurora de mi vida,
Cuando alegre la campana
Del sol con la luz herida
Al cielo elevaba ufana
Su voz, que á oración convida;

Cuántas veces, anhelosa
Junto á la pared sombría,
He escuchado silenciosa
La celestial armonía
De la fiesta religiosa!

A los cantos de las aves
Unían en grato concierto
Los niños sus voces suaves,
Y sus murmurios el huerto,
Los monjes, sus voces graves.

Hoy el huerto está tan triste!...
Ya las palomas murieron,
De luto el volcán se viste,
Los niños hombres se hicieron
Y la iglesia ya no existe.

En las ruinas del convento
Y en las grietas silenciosas,
Se ve sólo el movimiento
De las piedras temblorosas
Y se oye gemir el viento!

POR MI MADRE!...

Por mucho tiempo se habló en la ciudad del inmenso dolor de Mauricio, del niño rubio y bello á quien todos conocían y á quien querían todos. Nadie había olvidado su interesante figura infantil paseando en el lujoso carruaje de sus padres, junto á la hermosa y pálida señora, cada vez más pálida, cada día más triste. Todos los compadecían, y miraban con cariño y respeto á los dos, pensando de cuán poco sirven las riquezas que no habían podido evitar ni aliviar tampoco aquella pena tan grande. Habían ordenado los médicos que la pobre enferma saliera en coche á respirar el aire puro del campo, y cuando se sentía demasiado mal

iban solamente al paseo. Pero para Mauricio, éste no existía, ni las flores, ni el agua de las fuentes, ni los pájaros, ni nada de lo que en otros días felices había sido su encanto.

¡Cuántas veces había ido á los mismos lugares con su madre llena de vida! ¡cuántas veces había jugado allí con sus amiguitos siendo dichoso!

¡Ay! entonces también iban en un carruaje modesto á socorrer las miserias ajenas, lo cual era para el niño de bueno y sensible corazón, una verdadera alegría. Después todo se acabó; todos los placeres dejaron de serlo para él, y sólo le acompañaba la pena, el dolor horrible de ver morir lentamente á su madre adorada, su amor y su vida. Cuando iba á su lado sólo á ella veía, el mundo entero desaparecía, y sólo á ella contemplaba con tierna solicitud.

—¿Te sientes bien, mamá? ¿No estás muy fatigada? ¿Deseas algo?

Su constante deseo era el de aliviarla; el pobrecito se moría de pena viéndola sufrir,

y sólo acertaba á decir: ¡Ay, mamá! ¡ay, madre mía!

Cuando murió, cuando lo alejaron desmayado del lecho de su amor muerto, creyeron todos que él también se moría. Mucho tiempo estuvo á las puertas de la muerte, y cuando aquella fiebre terrible desapareció, Mauricio el niño había desaparecido también.

Porque los niños, pasado el ímpetu del dolor, van poco á poco olvidando; y él no olvidó: porque los niños juegan y rien, y Mauricio no volvió á reirse nunca, y nunca á jugar volvió.

—Piensa, hijo mío, le decía dulcemente el anciano sacerdote que lo había preparado para la comunión, y que también auxilió á su madre en los últimos momentos, piensa que ella está en el cielo, que goza allí de infinita ventura, que le han premiado sus penas y sus virtudes. ¿No la envidias? Pues si quieres irte con ella, sigue siendo siempre bueno, proporciónale la mayor alegría para su corazón, que te quería tanto, haz que te vea

acercarte á ella, y para eso sé bueno, y empieza por resignarte.

¡Ay! sí, Mauricio se resignó, Mauricio fué bueno, y pidiéndole á Dios fuerza y gracia, su vida fué un modelo.

—Por tí, mamá, para irme contigo, madre mía.

No había niño más cumplido ni más noble; no había pena que no consolara; y si dinero no tenía mucho, cuando no podía dar á los pobres limosna, los consolaba.—Por tí, madre mía.

El recuerdo de su madre le hacía vencer todas las tentaciones; ¿y quién hubiera hecho con algún mal ejemplo caer á Mauricio? Nadie; si se volvía malo no la volvería á ver nunca.

—Jesús, ampárame; no me dejes, madre mía, no te vayas.

Así llegó á los catorce años siendo uno de los alumnos más aprovechados del colegio, y el único consuelo de su padre, que lo adoraba y cuyo mayor tormento fué dejar á su hijo querido solo en el mundo. Solo y pobre.

Al cumplir catorce años el hijo murió el padre. Murió á consecuencia de tanta pena y de tantas angustias y disgustos.

Aquella gran fortuna heredada por varias generaciones se deshizo al llegar á sus manos, y no por culpa del pobre hombre, honrado, inteligente y trabajador, sino por muchos años de guerras y otras calamidades. En vano hizo esfuerzos heroicos para salvarla; fueron inútiles y se derrumbó el colosal edificio con tanto trabajo y por tantas manos levantado, como se despeña un torrente sin que haya poder humano que lo contenga. Y cayeron con él otros muchos por él sostenidos, y la ajena ruina aun sin culpa suya, causó al honrado comerciante la enfermedad y la muerte.

—Hijo mío, me voy con tu madre, no nos olvides, fueron sus últimas palabras.

—Ahora son dos, murmuró con acento de infinita tristeza Mauricio, mirando por última vez aquel semblante consumido por la desgracia y la muerte. Pero no lloró, no lloró como cuando era más niño, no lloró,

aunque tenía desgarrada el alma, no pudo llorar......

—¿Dónde, dónde estará mi padre? pensaba tristemente: algo le decía que con su compañera no, todavía no. Era ella una santa, un ángel dulce y resignado, y él...... se desesperaba, se enfurecía y no tenía la piedad profunda de su esposa.

—La irá siguiendo, siguiendo poco á poco hasta reunirse con ella, y me esperarán los dos. Padre mío, lo que tú dejaste de hacer en la tierra, lo haré por tu alma yo, que me he quedado aquí.—

Al dejar en el cementerio los restos de su padre, no teniendo ya hogar propio, fué llevado por sus padrinos, á vivir con ellos. El jefe de la casa era un caballero muy cumplido; su señora muy buena, y de bello corazón, aunque traviesos los niños. Mauricio hubiera vivido allí tranquilo, pero la desgracia lo dispuso de otro modo.

La ruina de su padre arrastró en su caída á la familia aquella, que de rica se convirtió en pobre, y es inútil decir lo que por eso su-

frió el huérfano, de alma delicada, pundonorosa y noble. A cada privación que observaba en la casa, á cada petición de los niños acostumbrados á otra vida, antes concedida y negada entonces, el pobre Mauricio sufría horriblemente. Hubiera querido ser sordo y ciego, y poco á poco llegó casi á quedarse sin comer.

—No tengo gana, decía al ver que por darle á él lo necesario les suprimían algo á los otros. En cuanto podía servía á todos ayudando con todas sus fuerzas, que no eran muchas, pues era enfermizo y débil.

Nunca le trataban mal, jamás le echaron nada en cara; pero ver el semblante serio y sombrío del padre, la tristeza de la madre, los deseos contrariados de sus pequeños amigos que ponían caritas disgustadas á cada nueva miseria, le desgarraba el alma.

—Yo quiero trabajar, padrino, en cualquier cosa; yo soy fuerte, quiero trabajar, padrino, dijo á éste un día con voz tan conmovida que el otro se apenó.

—Trabajarás, Mauricio, hijo mío, contes-

tóle cariñosamente; voy á buscar ocupación á propósito para tí, y me ayudarás, porque cada día estamos peor, y aunque yo quería volverte al colegio, no puedo, hijo, no puedo.

Pocos días después de esta conversación, hubo una fiesta en la casa, fiesta de pobres en que no se hizo casi gasto alguno, para celebrar el santo de uno de los niños.

—Vas á ver, verás, le decía una de las chiquitas que lo quería mucho y á quien él prefería; vas á ver, Mauri, qué fiesta tan linda; siempre en los días de santo viene mucha gente, muchos niños, muchos regalos, muchos dulces, mucha música, de todo mucho, mucho; pero lo mejor, seguía diciendo en voz más baja la niña, es el regalo de papá y mamá. Ahora no lo hemos visto todavía, pero mañana lo veremos; ha de ser muy rico.

—¡Ay! no, ¡ay! no, Fifina, no será rico, pensó amargamente Mauricio, mientras la llenaba de besos, sin decir nada. Y naturalmente no fué rico el regalo, ni hubo muchos dulces, ni música, ni mucha gente tampoco.

Los niños esperaron largo tiempo, y cuando vieron que la fiesta se redujo á algunos dulces hechos por la mamá, á pocos é insignificantes obsequios enviados por unos parientes, y que las visitas escaseaban, que sólo habían ido tres ó cuatro niños, los de la casa se miraron asombrados. ¿Qué habría pasado?

—Habrá llovido fuera de casa, dijo Fifina inocentemente, y por eso no vendrán.

—No vienen porque no los hemos invitado, dijo entonces la mamá; hoy no habrá fiesta como otras veces; jueguen vds., hijos míos, y diviértanse.

Para Mauricio fué un martirio. La verdad es que se divirtieron, bailaron, jugaron y estuvieron contentos y comieron con gusto todos los niños y principalmente el héroe del día.

—No estés afligido, Mauricio; ven, siéntate junto á mí; tú eres un hombrecito y no te distraen ya sus juegos, ¿verdad? Mira lo que son las criaturas: ¿para qué necesitan ellos ser ricos? Se divierten con poco: no desees las riquezas, hijo, no siempre son buenas; ¿querrías ser rico tú?

—Yo no, madrina, para mí no, pero sí para ellos.

—Así están bien, y cuando Dios dispone las cosas sabe lo que hace, dijo dulcemente la bondadosa señora.—Tu regalo del cuentecito escrito, é ilustrado con tus bonitos dibujos, vale mucho, y Carlos está encantado con él.........

Algunas semanas después de la fiestecita, un hermoso día, y mientras comían todos juntos, una inocente imprudencia de Fifina puso en tormento á Mauricio.

—Mamá, papá, gritó la niña de pronto, hoy es el santo de Mauri; se me había olvidado, y ahora me acuerdo.

—¿Quién te lo ha dicho? preguntó el huérfano con la voz apagada.

—Yo lo sé, me lo dijo una niña del colegio que te conoce, y me dijo que en tu ciudad, en tu casa, te celebraban mucho, muchisímo, ¿no es verdad? y que te hacía muchos regalos tu mamá, también tu papá, pero sobre todo tu mamá; ¿no es cierto? dilo.

—¡Ay, madre mía! ¡ay, madre mía! gimió el desdichado, y no pudo seguir comiendo.

—¡Pobre criatura! oyó, al ausentarse, que decía su padrino. Mercedes, ¿cómo no lo averiguaste, y por qué no le hiciste algún dulce?

—¡Dios mío! se me pasó; no tenía la costumbre, no ví el almanaque, contestó la esposa; y se fué al cuarto de Mauricio para disculparse y consolarlo.

Pocos días después, encontrada la colocación, empezó Mauricio á trabajar, y aunque poco, algo ganaba y lo entregaba íntegro á sus protectores.

Respiró, vivió desde ese día, y como ya no sufría aquel martirio, se restableció su salud y se robusteció.

—Sé hombre, Mauricio; valor y confianza en Dios, le había dicho su padrino estrechándole la mano al despedirse de él en el nuevo empleo.

Y la verdad es que necesitó ser hombre y creer en Dios y pensar en su madre para sufrir callando lo que, pasados algunos meses, empezó á sufrir allí.

El jefe de la casa, viejo viudo, volvió á casarse con una señora más rica y también

viuda, con dos hijos jovenzuelos, guapos, muy elegantes..... y muy malos. Los verdugos de Mauricio, del pobre Mauricio que soportó valientemente sus iniquidades durante tres años enteros. En vano trabajaba él con empeño y seguía siendo, como los primeros meses, cumplido y exacto; en vano era obediente y sumiso; todos los días tenía que sufrir algún regaño.

—¿Qué le ha pasado á este muchacho? Ya no sirve, todo lo hace mal.....

Y aquellos perversos, cuando el principal se retiraba, se reían malignamente. Ellos eran flojos, necios, impertinentes y malos: los habían puesto en el escritorio para que se instruyeran y pudiesen más tarde ver por sus intereses; pero eran tan mal educados, que por la fuerza los soportaban los empleados á quienes mortificaban mucho; pero al que martirizaban era á Mauricio.

Se reían de sus pobres trajes, á veces algo raídos pero limpios; se reían de la ruina de su familia, de sus protectores,

de sus buenas maneras, de todo en fin, y como casualmente sus letras se parecían, se aprovechaban de él. Concluía el pobre su trabajo; ellos se lo quitaban para presentarlo como suyo, porque siendo de la misma edad les daban casi los mismos quehaceres. Mauricio callaba, empezaba á trabajar de nuevo, pero no alcanzándole el tiempo, era siempre reprendido con severidad.

—Este chico no sirve para nada: ¿qué haremos con él?

¿Decir la verdad? ¡Ay del que la dijera! aquellos eran los ídolos de su madre, y el esposo estaba ciego con ella. ¿Decir algo? Imposible.

A veces sentía impulsos ciegos de arrojarse sobre ellos y ahogarlos, pero se contenía sufriendo horriblemente.

—Por tí mamá, madre mía, por tí.

Buscó por todas partes otro empleo, pero los tiempos estaban malos, nadie quería dependientes nuevos, y despedían á los antiguos.

Por fin lo encontró. Acababa de estallar

la guerra del año... y muchos jóvenes se iban como voluntarios. Mauricio.... se fué también.

Se fué lleno de ardor y entusiasmo juveniles y dispuesto á sacrificar mil veces su vida por salvar el honor de la patria, del país donde vió la luz y donde había nacido y muerto su madre. Como era valiente y pundonoroso y no temía á la muerte, su vida militar fué una sucesión continuada de hechos heroicos, y cada uno de ellos era para él un triunfo y cada triunfo un ascenso, y cada ascenso y victoria le aumentaban el respeto, la estimación y el cariño de sus jefes y de sus compañeros y subordinados.

Había á su alrededor algunos celos y también envidias, pero pocas, y siempre rastreando como las serpientes, vivían tan por debajo, que Mauricio no las vió nunca.

Nunca pudieron escupir en su rostro el veneno de que estaban empapadas aquellas lenguas ponzoñosas.

Estaba muy por encima, cada vez más alto, y cuando concluyó la guerra, se vió á

tal altura, que se asombró de haber subido tanto.

Pero su triunfo más estimado, su mayor gloria y la mejor satisfacción para su corazón, fué la entrada triunfal en la casa de sus padrinos y protectores.

¡Qué alegría aquella, qué cariño tan sincero y bien expresado lo esperaba allí! Los niños, ya crecidos, estaban locos de júbilo, no lo dejaban andar, lo abrazaban todos á la vez, y por último lo hicieron sentarse en medio de todos, rodeado por ellos, y fuéle preciso contar la historia marcial de aquellos años de ausencia, las batallas, las victorias, las entradas gloriosas en las ciudades salvadas, y todo en fin.

Mauricio, complacido y entusiasmado también, hablaba con su voz sonora, llena, conmovida, y los tenía electrizados.

A sus pies, sentada en un taburete, como cuando era muy niña, estaba Fifina, con las manos cruzadas, con el rostro inundado en lágrimas, y mirándolo, mirándolo como si fuera un Dios.

Sonrióse Mauricio con ella, y la niña, demasiado impresionada, cubrióse la cara con las manos, y lloró sollozando, entonces el valiente soldado se estremeció, contempló á la dulce y hermosa criatura y sintió en el alma algo así como el roce ligerísimo de unas alitas doradas, las alas de una ilusión vaga, encantadora, que al irse dejó en su espíritu un delicioso rayo de luz. Fifina tenía doce años y era tan buena!... un ángel, decía su madre.

Cuando al día siguiente volvió Mauricio á la casa, se encontró con malas nuevas; Fifina estaba enferma.

—¿Recuerdas que desde chiquita era muy nerviosa? Pues cada día se fué poniendo más sensible é impresionable. Todo el tiempo que estuviste en peligro vivió ella en continuada angustia, y como es tan viva, no podía ocultársele nada, eso era peor; entonces creía que ya estabas muerto y lloraba de un modo que daba lástima; te ha querido tanto la pobrecilla! La dicha de tu vuelta sano y salvo, la tuvo enferma varios días,

y ha rogado tanto por tí, que quizás sus inocentes plegarias te han librado de todo mal.

—¡Pobre niñita mía, tan dulce y tan buena!

—Pero demasiado sensible, Mauricio; va á ser muy infeliz; la alegría de ayer la ha hecho recaer y ya tiene otra vez calentura y terribles dolores de cabeza.

Realmente sufría mucho la pobre criatura y eran en realidad terribles aquellos dolores, que cada vez se manifestaban más fuertes, más insufribles y que se convirtieron desgraciadamente en una aguda meningitis que se la llevó al sepulcro.......

Cuando los desgraciados padres, locos de pena, no se daban cuenta todavía de aquella desventura, ya hacía muchos días que la niña reposaba durmiendo su último sueño, rodeada de flores en la tranquila ciudad de los muertos.

En aquel amargo trance fué Mauricio para sus padres adoptivos un verdadero hijo cariñoso: él se encargó de todo, no los dejó un momento, y fué él también quien cerró

para siempre los ojos de la niña, aquellos ojos que parecía que no querían cerrarse, que parecían mirarlo todavía con aquella expresión de inmenso cariño y de tierna admiración......

Cuando en la noche de aquel triste día, mientras inmóvil junto á una puerta, velaba el cadáver de su amiguita, quedóse Mauricio mirando al cielo; le pareció ver dos estrellitas radiantes, luminosas, divinas, que lo miraban con fijeza, con dulzura, y con la expresión misma que tenían los ojos de Fifina. Y más arriba había otras dos, otras que también lo miraban con tal claridad y expresión tan viva, que parecían hablarle. Y él, tendiendo los brazos al cielo, con el alma llena de lágrimas, creyó oir que le decían:

"Aquí está; Dios se la trajo para hacerla para siempre dichosa: aquí no existe ningún peligro para ella; yo te la guardo, hijo mío."

Después, todo siguió el curso ordinario de la vida, todo siguió como antes, menos aquellos corazones que guardaban más penas.

Mauricio, viviendo con sencillez y modes-

tía, auxiliaba en todo á la familia; y queriendo tener además de la militar otra carrera, dedicóse al estudio para ser ingeniero.

Serio y de un carácter más triste que alegre, se divertía muy poco, y echábanselo en cara sus compañeros y amigos como una falta; ¡eran ellos tan diferentes!.....

—Ven con nosotros, le decían, y te distraerás; pareces un monje: goza de la vida, hombre, diviértete.

Y él, sonriendo, les contestaba:

—Pero si gozo de ella, y me divierto á mi modo.

Algunas veces los acompañaba, pero otras se negaba resueltamente.

—¿Crees que van á comerte, Mauricio?

—No, pero no voy; déjenme en paz.

Y cuando se iban sentía muchas veces un impetuoso deseo de seguirlos, de divertirse como ellos... era tan joven! Pero aquellos compañeros suyos.... no eran como él, y había algunos bastante troneras; sólo que como eran paisanos y amigos de infancia, no lo dejaban de visitar aunque algunas veces

les pusiera mala cara, para librarse de aquella tentación continua, contra la cual vivía en perpetua lucha. Un día, cuando él tenía veinticuatro años, uno de sus paisanos, el más guapo y travieso, fué á visitarlo.

—Mauricio, vengo á buscarte; no, no digas que no irás; he prometido llevarte, y te llevo; será una fiesta magnífica, baile espléndido, buen champagne, chico, y además, siguió diciendo en voz baja, se jugará en grande, y nos haremos ricos, que bien lo necesitamos, sobre todo yo.

—O nos hacemos más pobres, ó nos perdemos, contestó Mauricio; no voy. Casas donde se juega ne me verán pasar por sus puertas: ya lo sabías; ¿por qué has venido? Y tú, desdichado jugador impenitente ¿adónde irás á parar? Yo no quisiera estar en tu lugar, te lo aseguro.

Es mejor ser siempre pobre que enriquecerse exponiendo el alma, y como si esas riquezas durasen ... Trabaja, haz como yo, y tendrás lo necesario; ya sabes que no voy.

—Pues he dicho que irías y no me pongas en ridículo.

—No voy.

—Porque eres cobarde y porque eres hipócrita.

Mauricio palideció.—Véte, véte, dijo con voz sorda, véte.

Y cuando el otro enfurecido desapareció, él quedóse largo rato pensativo.

—Se acabó, dijo por fin levantándose, se acabó, no quiero más luchas, no quiero vivir más tiempo así.

Nada tengo en el mundo que me detenga en él; pues dejo el mundo. Mis amores están alla arriba y á nadie hago falta yo; mis protectores, arreglado el último negocio en que emprendió mi padrino, están bien y no me necesitan. No me llenan los placeres de la tierra, que nunca han dejado á mi alma satisfecha: la dicha que ofrece el mundo, no la quiero yo. Lo abandono pues, todo, y me voy. Porvenir brillante, gloriosa carrera, adiós.

¡Oh! Señor mío, tú que has dado la eterna ventura á mi madre, tú que no me has abandonado, has sido para mí siempre fiel;

tú me la diste á ella, como un segundo ángel de la guarda, y hasta su recuerdo me ha hecho bien, y me ha salvado hasta ahora de la perdición. Quiero ser digno de ella, y quiero ser digno de llegar hasta tí. He servido á mis protectores, he servido fielmente á mi patria, y ahora..... voy á servirte á tí. Perdóname si he tardado; desde hoy hasta que vaya á tu reino, seré tu siervo, Dios mío.........

Se fué... Primero lo destinaron á enseñar á los niños, más tarde lo dedicaron á la predicación, y sus dotes oratorias llamaron la atención en todos los lugares que recorrió. Cuando su voz sonora, majestuosa, conmovedora, poblaba el ambiente de los templos de preciosas imágenes llenas de poesía, de luz y de amor; cuando sus profundos pensamientos penetraban hasta lo más oculto de los corazones; cuando su palabra arrebatadora hacía estremecer al inmenso auditorio electrizado por su voz, él, el padre Mauricio, volvía al cielo los ojos llenos de lágrimas.

—Para tí, Señor; madre mía, por tí...

Solamente cuando, acariciándolos, enseñaba, socorría ó consolaba á los niños, entonces murmuraba muy quedo... "Por tí, Fifina."

Para que no se engriese con los aplausos del mundo, para que no se enorgulleciese su corazón, lo mandaron á lejanas misiones, para confesar á gente ignorante, inculta; al saberlo sintió un profundo dolor. No era que la vanidad hubiese ya tocado su alma con sus alas manchadas, no, pero aquello era como su vida, predicar era su vocación.

Comprendiendo, sin embargo, que hacían bien, que tenían razón al alejarlo de un peligro, porque criatura humana era y podía caer, inclinó la cabeza y obedeció.

Aquel sacrificio lo ofreció á Dios por su padre.

—Volverás más tarde, hijo mío.

—Si Dios quiere, Padre, dijo Mauricio, besando respetuosamente la mano del anciano superior.......

Algunos años más tarde volvió, lo mandaron á la capital, y pocos días después de

su llegada, saliendo una noche de confesar á un moribundo, sintió un frío, ¡que frío!... Fué un jueves: cuando el domingo su padrino, á quien avisaron los padres inmediatamente, llegó, encontró á su querido Mauricio recostado en su lecho, descansando, pálido como la pálida cera, como la cera de los cuatro cirios que ardían silenciosos, silenciosos, enviando hacia el cielo su ardiente llama.

En una mano tenía el crucifijo, en la otra el retrato de su madre........ Por tí, mamá....... Madre mía..... por tí!....

DESPUÉS.........

Lentamente, silenciosa,
La dulce Virgen llorosa
Ya del Calvario se aleja;
Cerró sus ojos el llanto,
Y mojado lleva el manto
Y no exhala ni una queja.

Madre mía de mi alma,
¿Quién te ha robado la calma
Y por qué afligirte así?
Porque á su hijo le han quitado,
Porque lo han crucificado
Y porque ya no está aquí!

De la cruz lo desclavaron,
Y allá lejos..... lo enterraron:
Envuelto en la sombra está
El que fué su luz querida,
El que fué toda su vida;
Ella no lo mira ya.

Bajando va por las peñas
Y le desgarran las breñas
El ropaje pobre y triste;
Va lentamente bajando,
Camina como soñando.......
¡Ay! que su hijo ya no existe!

¿Cómo ella vive? lo ignora;
Ya no habla, ya no llora,
Sumida en inmenso duelo.
El apostol bien amado
Que por madre la ha adoptado
La mira con desconsuelo.

Cuando á Jesús se llevaron,
Cuando solos les dejaron,
Quedó la vida..... desierta:
—Mi dulce madre y señora,
Le dice el apóstol, llora;
Te has quedado como muerta!

Con entrañable cariño,
Cual madre tierna á su niño
Él la abraza dulcemente;
En el hombro de él reclina
Ella la frente divina,
Y así llora amargamente.

Después...... se van alejando;
Él va sus pasos guiando
Por entre espinas y abrojos:
A su hogar la lleva ahora:
Ella no habla, ya ni llora;
Cerrados tiene los ojos.

LA SALA DE LABOR.

Lluvia de primavera deliciosa,
Tempestades de Abril... tardes serenas
Reflejo de mi aurora luminosa;
Aun de lejos mi espíritu enajenas.

Risueña primavera de mi vida,
Ensueños de mi infancia seductores,
A vosotros me vuelvo conmovida,
A mis juegos, mis rezos, y mis flores.

Cantares infantiles, melodiosos,
Bello y encantador "Mes de María,"
Tus perfumes divinos, deliciosos,
Embalsaman mi alma todavía.

Cuando elevaba mi plegaria al cielo
Rodeada de risueñas compañeras
Y contemplaba el azulado velo
Y las plateadas nubes hechiceras;

El querido pintado transparente
Que á la Virgen allí representaba,
Hasta el cielo mi alma dulcemente
En delicioso ensueño se elevaba.

Religioso pintor, la ancha ventana
Que el astro rey espléndido ilumina,
Con risueñas escenas engalana
De la sagrada historia peregrina.

En la blanca pared que queda al frente,
¡Cuánto sereno y seductor paisaje!
La blanca aldea, la espumosa fuente
Y la iglesia escondida en el ramaje.

Del dibujo cada uno es un modelo,
Mas cuando alumbra el sol á las pinturas,
No parece fingido el claro cielo,
Parece que se mueven las figuras.

Todo tranquilo está, ningún acento
Se eleva de las salas silenciosas;
Sólo se escucha el suspirar del viento
Que persigue á las rubias mariposas;

El zumbido de insectos voladores
Que á través de la luz, pasan ligeros;
El aura murmurando entre las flores,
El canto del gorrión en los aleros.

Las alumnas trabajan afanosas
En las varias labores femeninas;
¡Qué gentiles cabezas, tan graciosas!
¡Qué dulces sus canciones vespertinas!

Vida de mi colegio, infancia mía,
¡Qué feliz era entonces la existencia!
Todo en torno de mi alma ronreía;
¡Cuánta paz, cuánta luz, cuánta inocencia!

Aquella edad pasó..... nube ligera,
Vana sombra que huye, fué la aurora
De mi fresca, dorada primavera...
¡Adiós, dulce niñez encantadora!

PASEANDO.

Se miran dichosas las cándidas flores;
Sus tiernos amores las aves les dan;
Gallardas se mecen las altas palmeras,
Las brisas ligeras, ya vienen, ya van.

Las nubes que doran del sol los reflejos,
El mar que á lo lejos tranquilo se ve,
Las ruinas que se hallan del bosque á la entrada,
La torre agrietada de un templo que fué.

Tan sólo ha quedado de antiguo convento,
Que albergue es del viento, la plácida voz
De aquella campana que á la alba sonaba,
Que suave, argentina, su acento elevaba
Piadoso hacia Dios!

El viento que el cambio de tiempos ignora,
Que siempre al oirla feliz se sintió,
Al ver que aparece la mágica aurora
Agita á la vieja campana, que llora
Como antes cantó!

¡LUZ!

—

La luz radiante de la mañana
Por la anchurosa y alta ventana
Llena de encanto, luz y alegría
La iglesia blanca, limpia y bonita,
La aislada iglesia de la aldeita
A la que llega risueño el día.

Los rayos de oro del sol naciente
A Jesús niño besan la frente,
Y á su bendita madre amorosa,
Que dulcemente sostiene al niño
Con respetuoso, santo cariño,
Forman un manto de luz radiosa.

A las humildes vírgenes buenas,
Pálidas, castas como azucenas,
La luz se acerca sin hacer ruido;
Que sorprenderlas cauta quisiera
Y la mirada dulce, hechicera,
Ver de sus ojos... mas no ha podido.

Sus ojos bellos, tan ignorados....
Verlos quisiera siempre admirados;
Pero es inútil, vano su anhelo;
Modestia santa los baja y cierra:
Ellas no miran nada en la tierra,
Y con el alma miran al cielo.

Por los cabellos rubios, rizosos
De los querubes blancos y hermosos,
Resbala y brilla la luz febea,
Y al contemplarlos tan inocentes,
Formando un nimbo de oro á sus frentes
Y acariciándolos, juguetea....

Por fin los deja... va poco á poco,
Ya no prosigue su juego loco,
Su infantil juego de luz sencilla.
Allá está el Cristo, callado, muerto...
Se acerca ella con paso incierto,
Y ante la imagen va y se arrodilla.

Después se aleja, mas no despacio;
Desde la iglesia, corre al palacio
Y al bosque espeso grande y sombrío;
Después al prado, luego á la fuente,
Y al contemplarlo, muy suavemente
Para bañarse baja hasta el río.

¡Oh! luz radiante de la mañana!
La tierra al verte se alegra ufana
Y se estremece de gozo llena;
Tú le traes vida, luz y alegría;
Contigo llega risueño el día
Y huye la noche, muerta de pena!

FRAGMENTO.

Dejad á los pescadores que aten sus barcas á las sólidas estacas, para que el viento no las sorprenda en medio de la noche; dejadlos y venid conmigo á un lugar tranquilo y solitario desde donde contemplemos el mar.

Todavía se escuchan desde aquí las voces de los marineros como un lejano murmullo que el viento, sublime artista, vuelve armonioso al transportarlo en sus alas ligeras.

Las olas se mecen suavemente acariciadas por las brisas, y por el lado del Oriente un pálido resplandor anuncia la próxima llegada del suave y melancólico astro de la noche.

Miradla... ya aparece, ya sacude la plateada cabellera mojada por las ondas, que re-

ciben una lluvia de diamantes, y se reclina blandamente en las aguas cristalinas como en mullido lecho; vedla, parece dormida; sus cabellos luminosos flotan acariciados por las hijas del Océano que cantan arrullándola; y allá en el espacio azul, para contemplarla, se agrupan las nubes conducidas por los céfiros.

Sirio, la estrella diamantina, abandona su trono resplandeciente y baja á besar la casta frente de la dulce Diana, la pálida amiga de las almas tristes.

Y al bajar la estrella, va dejando á su paso estela luminosa, radiante camino celeste por el cual suben tranquilas á la mansión de la eterna dicha, las almas de los que esperan reclinados en el fondo de los mares. ¡Dulce estrella! tú que muestras el camino del cielo........ tu misión es el más bello de los destinos!

PARA TÍ, FRANCIA MÍA.

¡Oh Francia! tu nombre que es gloria del mundo,
Tu luz que á la tierra de luz inundó,
Rodeados he visto de amor tan profundo,
Que mi alma á tu templo temblando llegó.

Yo, humilde cantora de angustias y penas,
Jamás he soñado pensar en honores:
Mas sangre francesa se agita en mis venas,
Y pulso mi lira, te ofrezco mis flores.

Yo adoro tu cielo, tus bellos jardines,
Tu luz que hasta el alma penetra radiante,
Tus blancas estatuas, tus blancos jazmines;
No puedo olvidarte, jamás, ni un instante.

¡Oh tierra bendita! tu suelo fecundo
No sólo produce las flores más bellas;
Que cuna es de sabios que ilustran el mundo,
De grandes poetas, de nobles doncellas.

Hoy rompes tus galas, de luto te vistes:
Se fué... tu buen padre, se fué.... el buen amigo:
El cielo y el aire, la luz...... están tristes;
Y hoy llora la tierra, y mi alma contigo.

¿A DÓNDE IRIAN?

Todavía el jardín, las mismas flores,
Las puertas de cristal;
La fuente con sus piedras de colores,
El cielo, siempre igual.

Y sin embargo, ¡ay! todo desierto;
A nadie encuentro aquí.
¿Habrá en sus almas el cariño, muerto?
¿Se acordarán de mí?

Donde reinó triunfante la alegría
Reina el silencio ahora;
Olvidaron las aves la armonía,
Triste la fuente llora.

Ya no se escuchan infantiles risas,
Ninguno juega ya:
Calla el céfiro audaz, callan las brisas,
Y todo mudo está.

A las horas de clase nadie llega,
Ni á otra hora del día;
Nadie á las flores jugueteando riega
Ni le canta á "María."

Ya no se oye del órgano el acento,
Ni la campana suena;
Sólo pasea solitario el viento,
Cual espíritu en pena.

Como un eco doliente de otra vida,
Mi voz resuena aquí;
¡Adiós, edén de mi niñez florida!
¡Cuánto lloré por tí!

LA PETITE ETRANGÈRE.

De los muchos episodios de aquellos alegres días, de mañanas radiantes y tardes luminosas, uno de los que recuerdo, si bien con pena, al mismo tiempo que con gusto, es el de la *extranjerita.*

Tendría de seis á ocho años, y su carita blanca coronada por una hermosa cabellera rubia, sus ojos claros y sobre todo su alegre risa, la hacían agradable.

Fuese porque no hablaba ni una sola palabra de nuestro idioma ó por cualquiera otra circunstancia, desde su llegada fué hostilmente acogida. No por las grandes, ya casi señoritas, ni por nosotras las medianas, sino por sus compañeras de edad y clases;

esas, las chiquitas, fueron las que le declararon guerra abierta, y en vez de jugar con ella, le huían como si estuviese acometida de alguna enfermedad contagiosa.

Un día que en la recreación pasaba yo junto á un grupo de ellas, oí cómo las reprendían, regañándolas y afeándoles su extraña conducta, ni hospitalaria ni cristiana. Todas escuchaban silenciosas, con los ojos bajos, y cuando la reprensión se acabó se quedaron calladas y mustias.

—¿Por qué, les pregunté yo entonces, por qué no quieren jugar con esta niña? ¡Pobrecita! siendo extranjera la debían de tratar con más bondad; ¿no les da lástima?

Las chiquillas se miraron unas á otras, y Adriana, la criatura más traviesa de todo el colegio, me dijo en nombre de las otras:

—No queremos jugar ni acercarnos á ella..... porque apesta.

—¡Apesta!... no es cierto, les contesté yo indignada; esta niña está siempre tan limpia como cualquiera de las demás; eso es falso, y lo han inventado vds.; pero ella no nece-

sita de sus juegos, ni de su amistad para nada. Ven, Matilde, dije á la pequeña cogiéndole de la mano, jugarás con nosotras.

Si vds. hubieran viajado, proseguí dirigiéndome á las otras, sabrían que ese olor que despiden sus trajes, es el de los buques; así huele todo en los vapores aunque esté muy limpio, pero vds. lo ignoran porque no han salido nunca de la ciudad y no han visto otra cosa. Y no pude menos de mirarlas, aunque involuntariamente, con aire de protección al alejarme. Claro..... ellas no habían viajado.

Las oí murmurar bajito detrás de mí; probablemente algunas se arrepentían de haberse engañado, pero otras me pareció, por sus palabras, que no quedaron convencidas.

¡Peste!... qué atrocidad! peste... aquel olor que me había impresionado tanto, que me había hecho transportarme, al notarlo, á otros días deliciosos, á regiones lejanas y encantadoras y á cielos divinos!....

Por aquel olor había vuelto yo, estremeciéndome de alegría, había vuelto á ver el

mar, el océano azul y hermosísimo que me gustaba tanto.

Lo había visto de todos modos, sereno y tranquilo, reflejando en sus ondas la luz y el cielo, y lo había mirado también llena de susto, contemplándolo azorada erguirse fiero, altivo, frenético, como acometido por tremenda desesperación, la desesperación de un gigante á quien hubiesen robado algo querido que no encontrase. Y alzábase ciego de ira, levantando sus brazos atléticos como si quisiera deshacer el mundo!

Yo lo había visto así y también lo había visto caer después, desplomarse fatigado por terrible lucha, y ya sosegado, tranquilo, dejando que las ondas cristalinas bordasen de armiño su regio manto azul.

El apasionado gigante había vuelto á ver su tesoro, lo había encontrado, estaba allí, en el cielo; la diosa argentina rodeada de nubes, pálida, dulce y melancólica como siempre.

—¡Diana mía! había suspirado el coloso al mirar á su pequeña y blanca amiga, Diana mía!....

Y aquellas traviesas chiquillas decían que Matilde...... apestaba!

Desde aquel día tuvo la extranjerita con quien jugar y ya no andaba como alma en pena; mi hermana y yo le repasábamos sus lecciones y le íbamos poco á poco enseñando algunas palabras, y jugábamos con ella, sobre todo Sofía, que por ser menor que yo y casi de su edad, era más á propósito para jugar con la niña. La tomó completamente bajo su amparo, no separándose de su lado más que para ir á clase, y la agradecida criatura nos tomó tal cariño, que no he visto muchas veces en la vida otra expresión parecida á la de aquellos ojos claros, cuando nos miraban llenos de reconocimento y de ternura.

Poco á poco la fuí dejando de ver tan á menudo; nos separaban las clases; y las otras niñas, que habían visto nuestra amistad hacia ella, se fueron acercando, acercando, la rodeaban, la llamaban, y tanto hicieron por conquistarla, que nosotras nos hicimos á un lado dejándolas solas; ya no necesitaba de

nuestra protección, pero no se volvió ingrata, nos buscaba siempre cariñosa, y muchas veces al llegar yo, me parecía ver saliendo de un torbellino ruidoso y alegre á una fresca y galana hoja de rosa rodeada de hilos de oro y que llevaba hasta mí jugando el viento; era la carita de Matilde que corría á saludarme.

Se pasó algún tiempo.........

Uno de mis placeres favoritos en las horas de recreación, era el siguiente: Caían á la fuente clara y cristalina junto á la cual nos sentábamos, muchas hojas de los árboles que le daban sombra y á las cuales desprendía el viento y depositaba blandamente sobre las aguas.

¿Tendrían sed? pensábamos nosotras, y nos entreteníamos en verlas; algunas obscuras, claras las otras como si estuvieran vestidas de alegres colores y no de luto como las primeras; habíalas también de tal color que al mojarse parecían de plata, brillantes y lindas. Contemplarlas me gustaba mucho; á veces me parecían náufragos que se hun-

dían que desaparecían sin apoyo ni auxilio porque demasiado lejos de la orilla no podía ampararlas nadie, y yo me apresuraba entonces á salvarlas con una ramita, costándome en ocasiones algún trabajo, sobre todo si estaban en medio de la fuente. Cuando no podía alcanzarlas pronto, me angustiaba como si de veras fuesen criaturas humanas que perecieran, aunque no siéndolo, también me inspiraban lástima. Cuando las salvaba me sentía feliz.

Otras veces, si iban muchas agrupadas, se me figuraba al verlas que formaban una escuadra de buques ligeros que se iban, se iban muy lejos.... á conquistar otros mundos, á conquistar glorias y triunfos.

—Buen viaje, buen viaje, gallarda flota, buen viaje.—

Si me hubieran dicho aquel día, en que tan entretenida estaba yo, que cerca de mí se derrumbaba medio mundo, creo que no me hubiera hecho más impresión de la que me hizo lo que, por desgracia mía, supe cuando me alejé del jardín.

Acercándose ya la hora del estudio, y no viendo, cosa rara, á ninguna de mis compañeras junto á mí, fuí á buscarlas, y me sorprendió encontrarlas agrupadas ante la entrada de un salón de clase y hablando todas.

—¿Qué pasa? les pregunté. Había sucedido una desgracia; uno de aquellos magníficos mapas, que nos habían recomendado mucho y cuidábamos tanto, se había hallado roto.

—¡Roto!... qué fatalidad! ¿pero quién lo rompería?—

Y no sé cómo no me caí muerta al oir la respuesta. Lo había roto... yo!

¿Yo?... Así al menos lo aseguraban unas niñas de la clase de las pequeñas que atestiguaban haberme visto.

Cuando ya lejos los días de la niñez, he leído después alguna de esas horribles aventuras en que perecen inocentes, me he acordado de aquello y he podido figurarme la atroz angustia de los infelices que se disculpaban inútilmente y sucumbían sin haber podido probar la verdad.

En vano protesté enérgicamente contra aquella acusación falsa; no fuí creída, me habían visto y había testigos.

Y fué en vano que recordase yo, muerta de aflicción, mis antecedentes de niña cuidadosa, y á quien nunca habían cogido en mentira.

Sí, eso era cierto, decían; pero seguramente empezaba entonces, y el miedo, turbándome, me hacía disculparme mintiendo. Y me decían esas palabras con voz severa, disgustada, voz de reprensión y castigo que se oía triste y terrible.

¡Adiós mi buena reputación de colegiala formal y juiciosa! iba á desaparecer por completo; ya no me respetarían mis compañeras, y cualquiera chiquilla se creería con derecho á no hacerme aprecio. Pero lo que todavía más que eso, me hacía sufrir, era el ser reprendida por quien yo quería tanto. Se me oprimió el corazón de tal manera, que superando mi pena al enojo, rompí á llorar tan desconsoladamente que, al oirme, á mí misma me dí lástima.

Entonces comprendí cuán verdadero era el afecto de mis condiscipulas á quienes yo también profesaba gran cariño: todas me rodearon, y grandes y chicas procuraban consolarme. Pero yo no dejaba de llorar y no sé hasta cuándo me hubiese consolado si no hubiera sentido sobre mi cabeza el contacto de una mano fina, fina y suave que acariciaba y arreglaba mis cabellos desordenados y revueltos en mi desconsuelo y amargura.

Y al mismo tiempo aquella voz que yo amaba tanto, sonaba dulce, más dulce que nunca, conmovida y cariñosa. Mano y voz me daban una satisfacción cumplida, una completa disculpa: se habían equivocado y sentían en el alma haberme hecho sufrir: precisamente por haber sido siempre una de las discípulas mejores, una de las más queridas, habían sentido tener que regañarme; ¡quién se hubiera imaginado que unas niñas tan pequeñas hubiesen levantado un falso testimonio tan grande!

Pero las castigarían inmediatamente, y en

cambio á mí me daban satisfacción cumplida.

Yo, sin abrir los ojos cegados por el llanto, cogí aquella mano fina, fina y suave, y la besé con respetuoso cariño.

Después, ya estando tranquila, me contaron cómo se había averiguado todo. Matilde, que pasaba casualmente por allí, se había informado curiosa de lo que sucedía.

—¿Quién llora, y por qué?

Cuando se lo dijeron se quedó asombrada y confesó en seguida: la culpable era ella. Nadie la había visto, pero había sido ella, y sentía infinito que me hubiesen acusado á mí. Por supuesto lo había hecho sin querer, por una fatalidad; y teniendo en cuenta su generosa confesión, no la castigaron, al contrario, la citaban después como ejemplo de lealtad y valentía.

Más tarde me he preguntado algunas veces si realmente lo había hecho ella, ó si se habría acusado heroicamente siendo inocente. De todos modos, al verme llorar á mí á quien no había sabido que hubiesen

castigado nunca, y no siendo antigua, podía, ignorando todavía las costumbres, haberse figurado que me esperaba terrible castigo. Todas la estimaron más desde aquel día, y á mí... me pareció un ángel.

Cuando después, al salir de clase, la busqué, cogí su dorada cabecita rubia, y apartando los finos cabellos, besé con toda la efusión de mi alma su blanca frente. Ella no dijo nada, sonrióse con su alegre y franca sonrisa y me miró con la expresión de los días pasados, con la expresión sentida de sus ojos claros, llenos de reconocimiento y de ternura!.........

MADRE MÍA!......

La noche, tempestuosa, triste y fría,
El cielo negro, negras las montañas,
Cerradas las pobrísimas cabañas,
De las que pronto despidióse el día.

Tras las nubes ocultan sus reflejos
Las estrellas, quizá sintiendo frío;
Que está muy lejos el ardiente estío,
El calor y la luz están muy lejos.

Por la falda de un cerro, silencioso,
Envuelto de la sombra por el velo,
Viendo angustiado el tenebroso cielo,
Atraviesa un indígena afanoso.

No ve el abrojo que sus plantas hiere,
Y va de prisa, inquieto, desolado,
Que allá en su pobre hogar abandonado
Alguien que él ama, se consume y muere.

Él va en busca de auxilio, de esperanza,
Y aunque socorro humano va buscando,
Al cielo con el alma está implorando,
Porque ha puesto en el cielo su confianza.

De pronto se estremece y se detiene:
¿Dónde la noche está? ¿se acerca el día?
¿Ha llegado esparciendo la alegría?
¿De dónde ese fulgor radiante viene?

Circundada por rayos luminosos,
Morena, esbelta, deliciosa y bella,
Contempla el indio á sin igual doncella,
Que le mira con ojos cariñosos.

El pálido viajero, fatigado,
Al mirarla tan buena é indulgente,
Puesta en el polvo la humillada frente
Sus angustias le cuenta esperanzado.

Y la escucha de hinojos, y la adora,
Porque vino del cielo, y es María,
La madre del Señor, en quien confía,
Y ante cuyos altares siempre llora.

Para poder mirarla, las estrellas
Se asoman por las nubes desgarradas,
Y huyen lejos las sombras deslumbradas:
¡Oh, noche bella, entre las noches bellas!

María se va.... se fué.... pero dejando
En pos de ella el esplendor del día,
El aire perfumado, la alegría,
Y al indio humilde, de placer llorando.

LA AZUCENA VIUDA.

Mi amor, va en esa nube
    Que al cielo sube;
    Mi amor se aleja;
Se lo lleva un celaje
    Que al sol refleja!

De su tallo arrancólo
    Furioso el viento
Sin escuchar mi llanto,
    Ni oír mi acento!
    Celoso estaba
Y se vengó en mi lirio
    Que yo adoraba.

Compañero de mi alma,
    Luz de mi vida,
¿Qué haré sola, en la tierra

Sola y perdida?
Morir me siento.....
Ojalá con mi vida
Concluya el viento.

No distingo á las flores
Ni oigo á las aves;
Sólo miro sus hojas
Blancas y suaves.
Su voz he oído
Que bajaba del cielo
Como un gemido!

Condúceme en tus gasas,
Ligera nube;
Llévame con mi amado
Que al cielo sube,
Y ofrezco darte
Cuanta esencia en mi cáliz
Pueda llevarte!

Escuchóla la nube
Muy conmovida;
Le dió lástima verla
Tan consumida!

Desde ese día
Las lágrimas del lirio
Siempre le envía!
Desde entonces conforme
La flor bendita,
Llora mirando al cielo,
Mas no se agita!
Pues vive ahora
Del rocío que constante
Le trae la aurora!

LAS DOS FLORES.

CUENTO.

Era el lirio azul más lindo que podáis imaginaros; otro tan bello, no se había visto en aquel jardín, ni en ninguno de los pensiles de la comarca, y no solamente no se había visto, sino que no era fácil que se viera, pues se había empeñado su pequeña dueña la morenita Leonor, en que su lirio había de ser el único en belleza y donosura.

En vano su amiguita la rubia Blanca, á quien tanto quería, le había rogado que le regalase una cebollita ó aunque fuera la mitad de una; la morena movía la cabeza negándose.

—No, hija, decía, no puedo dártela, por-

que mira, si te la doy, la sembrarás, y así que crezca, y dé flores, adiós mi dicha! ya no vendrán á ver mi flor todas las gentes que vienen ahora, ni me llamarían la linda jardinera alabando mi habilidad; no, no, decididamente no me conviene. Pídeme lo que quieras, te daré hasta la vida, pero la cebollita no!

Y hé aquí á la pobre rubia que estaba encantada con el lirio, precisada á conformarse con visitar á la flor todos los días.

—Mira, le decía á su amiga, si es un cielito de veras! ¡qué azul el suyo, qué lindo es, Dios mío, qué lindo! ¿No ves esas hebritas doradas que tiene dentro? quién sabe si serán los cabellos de algún angelito que se dormiría en él, y al irse los dejó; ¿no te parece á tí? ¡Ay! ¡ay! proseguía la niña cruzando sus manitas como cuando rezaba, quién fuera tan chiquita como una mariposa para esconderse dentro de él!—Y como si quisiera hacerle sufrir el suplicio de Tántalo, una mariposa color de fuego que había oído la conversación dió tres vueltas en el aire,

paróse en las hojas de la flor, y dirigiendo una mirada picaresca á la niña, se escondió entre las hojas azules del lirio, que al recibir aquella visita inesperada se estremeció. ¿Sería de placer, ó de disgusto? El tiempo se encargará de explicarnos de qué fué......

Pero ¡ay Dios! todas las glorias de este mundo pasan; y ahí tienen vds. que un día que Leonor regaba sus flores, vió, estremeciéndose de susto, que su lirio, su orgullo, estaba marchito, que sus tallos se doblaban, que algunas de sus hojitas estaban pálidas, que otras estaban amarillas, y que las dos flores que se habían abierto aquel día eran más chiquitas y menos azules que las anteriores.

En vano lo regó con mucho cuidado, en vano esperó junto á él mucho tiempo para ver si se reanimaba; la pobre flor reguía lo mismo, estaba enferma de veras, y Leonor corrió hacia la casa para hacer que llamaran un médico.

Cuando éste llegaba al jardín por el lado del Poniente precedido de Leonor, por el

Oriente entraba Blanca que venía á hacer su visita de todos los días.

Era el médico de las flores un viejito muy pequeñito, blanco, delgado, y tan limpio que daba gusto verlo. Como era verano llevaba un vestido blanco y ligero, y un quitasol tan grande que al verlo desde lejos pasar al través de los árboles, parecía una iglesia pintada de blanco que hubiese echado á correr por en medio de un bosque. Oyó con mucha atención lo que contaba Leonor de la rara enfermedad del lirio, y cuando ella acabó, tosió tres veces, se limpió el sudor de la frente con uu pañuelo blanco, porque á él todo le gustaba blanco; después sacudió con otro pañuelo el polvo de sus botines é hizo dar tres vueltas á su quitasol, que había cerrado, como hacen los hechiceros con su varita, y habló.

Habló primero de cómo era el mundo antes del diluvio, de cómo era después del diluvio, de cómo estaba cuando la invasión de los bárbaros mandados por Atila, del inglés que descubrió las patatas, de Noé

cuando descubrió el vino, de esta raza y de la otra, y de otras cosas por el estilo, y acabó declarando que lo que tenía la flor era anémia. Recetóle, como es consiguiente, mucho ejercicio, muchos baños de agua fría, mucho fierro y mucha distracción, y además muy buenos alimentos.

—¿Comprendido, señorita? añadió mirando á Leonor con sus ojitos vivarachos; ya lo sabe vd., hágale todo esto y sanará, pero sobre todo, hija mía, mucho cuidado, mucha atención, porque si las flores se ven abandonadas y mal cuidadas, es seguro que se enferman y se mueren.

Y abriendo su colosal quitasol, saludó á la morenita, después á la rubita que no había hablado nada, y se fué.

Y cuando ya sus pasos no se oían y sólo se distinguía á lo lejos su paraguas blanco como una luna inmensa, todavía no había vuelto en sí de la cólera Leonor, que no contestó á su saludo.

—Recomendarme á mí que cuide mis flores! decía pegando en el suelo con su piececi-

to, cuando no hay en el mundo nadie que lo haga mejor; ¡ah malvado viejo! malvado viejo, viejo perverso, si pudiera, te sacaba los ojos feos y horribles que tienes!

—No digas esas cosas, exclamó Blanca acongojada, que aunque lleva traje claro, es un viejito, y los viejos son ancianos y se les debe respetar; perdónalo, y dime qué es lo que piensas hacer.

—Pues ¿qué he de hacer? lo que ha dicho; que aunque es feo y malo, de todos modos es médico.

—No me fío yo de los médicos, replicó la rubita moviendo tristemente la cabeza, y menos de los que hablan mucho. Si quieres creerme, te daré un consejo.

—¿Cual? preguntó Leonor.

—Que le vayas á pedir á la Reina de las flores que se digne venir á visitar á una de sus súbditas que está enferma y la cure.

—¡La reina de las flores! contestó la morena con extrañeza, no la conozco; dime dónde vive y la iré á ver, es decir, le mandaré una tarjeta, porque no sé por qué había yo

de ír á verla: por más reina que sea, poco me falta á mí para parecerme á una reina, que para eso mi papá es marqués, y además ministro y muy rico. Pero te repito que no conozco á esa reina.

—¿Pues qué, preguntó la rubia con asombro, te has vuelto tú judía?

—No, contestó Leonor, y no sé qué tiene que ver eso con lo otro.

—Pues si no eres judía, dime ¿á quién le cantamos todos los meses de Mayo, diciendo; "A vos, Madre mía, Reina de las flores," y lo demás que dice el verso?

—¡Ah! á la Virgen, no me acordaba yo, pero es lo mismo, pues si le fuera yo con la embajada de que viniera á curar á mi flor, me mandaría á paseo, y me diría que tenía otras cosas en que pensar para hacer caso de eso.

—La Virgen Santa, replicó Blanca con sentimiento, oye y hace caso hasta de los suspiros de las hormigas, que son bien chiquitas; pero tú Leonor, no tienes fe, y si no te has vuelto judía, te habrás vuelto hereje, que es lo mismo.

—Ni lo uno ni lo otro, pero no creo en tonterías como tú, contestó con desden la morena: y como luego viese que su amiga ofendida se disponía á irse, acercóse á ella y procuró quitarle el enojo. No te he ofendido á tí, le dijo, que ya sabes que te quiero mucho, y tampoco soy hereje, sino que no creo que la Virgen se ocupe de pequeñeces: por lo demás, tú que eres más buena que yo, pídele que sane á mi flor.

—Así lo haré, contestó Blanca, que olvidó á fuerza de caricias de su amiga su atrocidad.........

Pues señor, días iban y días venían, y todos los remedios eran inútiles, tan inútiles que llegó una mañana en que el pobre lirio sólo tenía una cuantas hojas amarillas y una sola flor tan pequeñita y pálida que entristecía verla.

—¿No ves? decía Leonor á Blanca que no había dejado de visitar á la flor y la miraba con profunda tristeza; ¿no ves? ya no tiene más que una flor, cuando antes tenía tantísimas; ésta se caerá mañana, y como ya no

tiene botones, se concluyó la historia. Sabes, añadía, que yo lo quería mucho, y ya no lo quiero; se ha puesto tan feo, tan raquítico, que parece un espantajo; me están dando ganas de darle un tirón y mandarlo á la basura, y voy á hacerlo en seguida. Y diciendo esto se adelantó impetuosamente á ejecutar su propósito.

—Espérate, gritó la rubia con tanta angustia como si hubiera visto á la muerte delante, espérate, no lo arranques, que lo lastimas; déjame á mí sacarlo: y pasando delante de su amiga, se arrodilló en el suelo y empezó con mucho tiento á sacar las raíces, que estaban tan secas y tan flaquitas que la niña sintió que el corazón se le partía y una nube de lágrimas empañó sus ojos azules. Mira, dijo á la otra sin volver la cara, hazme el favor de mandar que me traigan una maceta: y mientras Leonor se dirigía á la casa, besó ella con dulce ternura á la pobre flor enfermita. Pero ¡ay! la flor suspiraba, suspiraba tristemente y reclinaba su cabecita en la cara de la niña.

—¡Pobrecita! dijo ésta acariciándola; ¡pobrecita! ¿por qué estás tan malita, qué es lo que te duele, no quieres decirme qué tienes?

—Tristeza, contestó el lirio con una voz tan baja y doliente, que la nube de lágrimas que empañaba los ojos de Blanca corrió á raudales por sus mejillas.

—¿Pero por qué estás triste? le preguntó suavemente; y la flor, en vez de contestarle, volvió al cielo sus ojos y luego los cerró blandamente. ¡Ay! ¡ay! murmuró la niña poniéndose sus manos sobre el corazón, ¡yo no puedo sufrir esto! Oye, le dijo á la flor bajito por no molestarla, porque se acordaba de que cuando á ella le dolía la cabeza no podía oir hablar recio; reanímate un poquito, y dime si te quieres ir conmigo.

—Sí, respondió el lirio sin abrir los ojos.

—Aquí está la maceta, dijo en ese momento Leonor que llegaba; por cierto que la traje de barro, porque esa *visión* de flor no merece otra cosa.

—No tengas cuidado, dijo la rubia al lirio que se había estremecido en los brazos de

la niña al oir aquel ultraje, yo te pondré en una maceta de porcelana azul con estrellas de oro: y luego, dirigiéndose á Leonor, me la llevo, le dijo, puesto que ya no la quieres.

—Con mucho gusto, respondió la morena, te la regalo.



Era una mañanita fresca y bonita como una plata, y hacía tan poco tiempo que había amanecido, que apenas se distinguían á lo lejos por el Oriente los últimos pliegues de la falda de gasa, salpicada de perlas, de la risueña Aurora. Inútilmente había ésta suplicado á su esposo el Sol que la dejara otro ratito pasearse por el campo y adornarse con las flores, jugando con ellas; él no entendía de razones, y como era muy celoso y no quería que la viera ninguno, pues ya era de día, la hizo, quieras que no, volverse á su casa.

—Al fin y al cabo, se dijo quedito la Aurora, con hoy y mañana y un poquito todos

los días, acabaré con muchos pocos por pasar como un día entero en el campo.

Y como era de buen genio, no se incomodó, saludó al Sol que la besó en la frente, y se fué.

—¡Ay! ¡ay! qué mañana tan linda! dijo una mariposa azul, saltando del rosal en que estaba parada.

—¡Y qué azul de cielo! añadió una rosada alzando los ojos.

—¡Cómo brilla el sol! dijo una verde.

—¡Qué frescas están las flores! gritaron cinco á un tiempo.

—Nunca he visto un día más hermoso, exclamó una blanca.

—Como que es día primero de Mayo, dijeron en coro más de veinte.

—¿Qué hará el colibrí que no parece? dijo una.

—Y ya es tardísimo, añadió otra.

—Como que serán lo menos las cinco, exclamó una tercera.

—Las cinco y medio minuto, contestó otra consultando su reloj.

Y es menester que ustedes sepan que todas aquellas mariposas se habían reunido en aquel vallecito con una intención, y habían mandado al colibrí á informarse de si había misa en la iglesia que él les había pintado la víspera como la más linda de todas las iglesias que existían, y además, como tenía la memoria tan ligera era necesario que fuese otra vez solo, para estar seguro del sitio.

—Pues señor, dijo impaciente una mariposa amarilla, ya no viene.

Zum zum, se oyó de repente detrás de unas flores.

—Ahí está, gritaron todas saltando alegremente y revoloteando.

Y en realidad, el gallardo explorador venía por el aire, más radiante que el sol, zumbando su canción favorita y danzando un wals compuesto por él.

—¿La encontraste por fin? le preguntaron rodeándole; ¿hay misa?

—Que si la encontré! contestó el colibrí, meneando la cola; ¿cuándo he dejado yo de

conseguir lo que deseo? Y sí hay misa; por consiguiente, en marcha para que lleguemos á tiempo.

—Todavía no, aguárdate un poco, le contestaron las mariposas desparramándose; vamos á ver si no nos falta algo, pues aun cuando no es bueno ir á la iglesia lujosas, no es tampoco bueno ir hechas unas fachas.

—Todas las mujeres son lo mismo, dijo el colibrí, meneando otra vez la cola; cuando cree uno que ya están arregladas, les falta todavía la última mano.—Y se acomodó entre las hojas de una rosa para esperarlas, porque estaba cansado.

—Mira, dijo la blanca á una dorada, ¿no estoy despeinada?

—No, estás bien: y yo ¿no tengo arrugas en la espalda?

—No, ni una.

Y mientras unas á las otras se examinaban, una mariposilla color de fuego que no se había movido de su sitio cuando llegó el colibrí, le gritó á éste desde su asiento:

—Dime, colibrí, ¿te informaste de si la mi-

sa será de función? porque si es, yo, francamente me voy á otra parte.

—¡Herejona! le dijo una blanca y azul que estaba cerca, dándole un abanicazo, ¿ni por ser el primero de Mayo quieres ir á la función? Anda! te has de ver convertida en gusarapo.

—Lo veremos, contestó la color de fuego echando á volar como una desaforada y poniéndose por delante para ser la primera que llegase, mientras la otra le gritaba: Eso no vale, no vale, las cosas se han de hacer por amor, no por temor.

—Ya estamos, dijeron entonces todas, acercándose al colibrí.

—Sí, dijo éste sin moverse, ¿no se habrá torcido un rizo á alguna? Mírenlo bien, añadió ronriendo picarescamente, porque yo en levantándome, echo á volar, y no aguardo á nadie más!

—Ya estamos, ya estamos, contestaron todas.—Pues á la una, á las dos, á las tres!

Y era una gloria ver volando á las mariposas de todos colores, precedidas por el

colibrí. Parecía una nube de flores llevadas por el viento.

Volando, volando, llegaron por fin al jardín más lindo que habían visto en su vida, tan delicioso, que una mariposilla muy jovencita se acercó á otra y le dijo:

—Dime tú que tienes más experiencia, ¿será este el paraíso?

—Si no lo es, respondió la otra, no existe paraíso en el mundo.

Para que no le faltase nada á aquel encantado verjel, corría por un extremo un arroyito tan claro, tan sonoro, tan cristalino, que todas las mariposas, arremolinándose, se dispusieron á tomar un baño en sus brillantes ondas.

—¡Locas! locas! les gritó la que por ser mayor cerraba la marcha; después de la misa será el baño; ¿como ibais á entrar en la iglesia con el pelo mojado?

—¡Uy! uy! uy! murmuraron las revoltosas, mirándose unas á otras y alejándose del arroyo, por poquito hacemos una barbaridad!

—Ya hemos llegado, exclamó el colibrí, deteniéndose ante un pabellón rústico delicioso. ¿Que tal? preguntó mirándolas muy satisfecho, ¡qué iglesia!

—¡Lindísima! contestaron ellas pasmadas de asombro.

—¡Qué soberbias columnas! dijo una mirando los palitos labrados que sostenían el pabellón.

—¡Qué ventanas tan primorosas! dijo otra contemplando el enrejado cubierto de flores.

—Y qué cúpula! añadió la de más allá, extasiada ante la bóveda formada por preciosas enredaderas.

—Jamas ví, dijo otra, unas campanas más bonitas: unas son azules, otras rosadas, y las más chiquitas son blancas.

—Las azules, dijo con timidez una mariposa extranjera, se llaman en mi país *Mantos de la Virgen.*

—Y aquí, dijo otra, y en todas partes las chiquitas se llaman *Campanillas de Mayo.*

—El caso es, gritó la color de fuego que se había quedado atrás, que esa iglesia no tiene torres.

—¿Qué importan las torres, contestó el colibrí ofendido, si hay campanas?

—Esas campanas no suenan, replicó la color de fuego.

—No han sonado, dijo el colibrí estremeciéndose de indignación, porque el campanero nos esperaba á nosotros; pero ahora veréis, añadió dirigiéndose á las otras; vamos á hacerle la señal convenida; haced lo que yo haga.—Y al decir esto empezó á mover para un lado y otro sus alitas doradas, acompañado por las mariposas que lo imitaron. Entonces se oyó un susurro muy suave, muy suave, y tilín, tilín, tilín hicieron las campanas moviéndose.

—Ese campanero, dijo muy quedito la mariposa jovencita á su vecina la dorada, se da un aire al Viento.

—Es su hijo mayor el Céfiro, la respondió sonriendo con dulzura el colibrí que la había oido.

—Ya cesaron de llamar, dijeron de repente las mariposas, en el momento en que imitando al colibrí ya cansado, dejaban de mover sus alas, y se dispusieron á entrar.

—Aquí no hay altar, dijo entonces la mariposa color de fuego.

—Pues ¿qué es esto? preguntó el colibrí señalando una azucena recién abierta, blanca é inmaculada y radiante de belleza que colocada en una maceta de porcelana, estaba en medio del pabellón.

—Ese será el altar, pero ¿dónde está la Virgen? preguntó en son de mofa la feróstica mariposilla.

—La Virgen, respondió el colibrí pálido y temblando de cólera, estaba dentro de la flor, yo la he visto, y si ya se fué, ha sido porque supo que ibas á venir tú, que estás en pecado mortal.

—¡Eso es! dijo la dorada, y pagamos justos por pecadores!

—Todo se arreglará, dijo entonces la azul y blanca; él dice que la vió, y no ha mentido nunca; por consiguiente, debe haberse hecho invisible ahora, pero nos debe estar oyendo y aceptará nuestra oración.

—Bien dicho, contestaron las otras.

—Oye, dijo al oído del colibrí la maripo-

sa mayor, yo te creo, pero para estar más tranquila dime ¿tenía la Virgen que tú viste, corona de oro?

—Sí, contestó el colibrí muy serio; puedes tranquilizar tu conciencia; yo no he mentido nunca!

Entonces todas las mariposas, asidas de la mano, entonaron su himno sagrado en honor de la reina de las flores, de las mariposas y de todo lo bello, acompañadas por el colibrí y por una *primavera* que, avisada seguramente por él, se había parado cantando en la puerta del pabellón.

—Yo no sé si sería ilusión, dijo á la azul la jovencita cuando volando, volando, se volvían á sus hogares; pero me pareció que el colibrí estaba tan conmovido que lloraba.

—Si sería, contestó la azul, porque él es muy católico?

***

—Te he mandado llamar, decía el día 3 de Mayo, Blanca á Leonor, á quien salió á recibir á la puerta, porque soy muy feliz y quiero que tú también lo seas.

—¿Pues qué ha sucedido? preguntó la morena.

—Mira, dijo la rubia sentándose junto á su amiga en un banco de su jardín, hace cuatro días traje el lirio de tu casa, ¿te acuerdas?

—Sí, respondió Leonor.

—Pues bien, prosiguió Blanca, cuando llegué á casa despedí á tu criado que me trajo la maceta y coloqué al lirio en una de porcelana muy bonita, lo regué con agua de rosas, y como ya era tarde lo dejé dormir tranquilo. Al día siguiente me levanté con la aurora para ir á verlo, y ¡ay, Leonor! se me partió el alma de mirarlo; ya no tenía más que una hoja, y la flor se había cerrado. ¡Esto es muy grave, muy grave! dije yo corriendo como una loca para la casa. Desde el día que te lo ofrecí no había dejado ni un día de pedir á la Virgen que sanara á la flor, pero la Virgen yo no sé por qué no me había oído como otras veces.

—¡Bah! interrumpió la morena, ¿no te lo dije?

—Cállate, replicó Blanca, déjame hablar; yo tengo fè y no la pierdo nunca; le pedí á mamá una velita de cera blanca y me volví al jardín para cortar flores y hacer un ramo. Era el día primero de Mayo, y mira qué casualidad! esa mañana se había abierto una de mis flores más lindas que tú no has visto; no la corté, cogí la maceta y en vez del ramo se la llevé á la Virgen de la capilla. Me arrodillé en el suelo y le rogué con toda mi alma y con todo mi corazón que tuviera piedad de mi pobre lirio así como la había tenido de mí aquella vez que me moría de dolor de cabeza, y ella, al pedírselo yo, me lo quitó de repente. Pues bien, no te rias, porque eres incrédula, en ese momento andaba revoloteando al rededor de mi cabeza un colibrí que entró por una ventana; no sé si sería la suya, pero yo oí entonces una voz clarita, clarita, que me decía: "Vé y dile á la flor enferma que la Virgen quiere que te cuente sus penas, y así que tú las sepas las remediarás." Y después de oir esto, ví al colibrí elevar su vuelo y des-

aparecer por la ventana que da al Oriente. Besé la orla del vestido blanco de la Señora, y me fuí precipitadamente al jardín. Me acerqué al lirio, cuya flor cerrada estaba caidita sobre la maceta y la levanté poquito á poquito, lo rocié con unas gotas de agua de azahar, para que volviera en sí, y comprendiendo que le faltaría el aire para respirar, le estuve haciendo fresco con un abaniquito formado con una hoja de clavel blanco. Yo no sé cuál de los dos remedios le haría bien, ó si la Virgen lo dispuso así; el caso fué que al cabo de un rato alzó su cabecita y me miró; entonces le dije lo que el colibrí me había dicho y le rogué que tuviera confianza conmigo y me contara sus sufrimientos. Le dí á tomar un poco de agua de azahar en una hoja de rosa para que tuviera fuerza para hablar, y entonces, como al oir lo que la Virgen me había mandado decir, se había animado un poco, me dijo lo que vas á oir:

—Yo era solo en el mundo como tú sabes: á mi madre no la conocí, y hermanos no los

tuve; mientras fuí chiquito, como no pensaba, era muy feliz viendo la luz del sol, y á las mariposas revoloteando junto á mí: me encantaba oyendo el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos, y no creía que hubiera otra felicidad en el mundo; pero un día, cuando ya era yo grande, ví que una rosa blanca muy hermosa que estaba cerca de mí, acariciaba á otra más chiquita que se acababa de abrir, y se ronreía. Entonces sentí que mi corazón se ahogaba dentro de mi pecho, me acordé de mi madre, que si hubiera vivido me habría acariciado así á mí, que no sabía lo que era una caricia y vivía solo en el mundo, y lloré, lloré sin consuelo, cerrando mis hojas para que no me vieran llorar, pues ya no era pequeño!

—Estaba tan fatigado, prosiguió Blanca, pasándose por los ojos la mano, como si la ofendiera la luz, que le dí otra poca de agua de azahar, y cuando descansó un ratito siguió:

—Desde aquel día ya no me hacían feliz ni el sol, ni las mariposas, ni nada de este

mundo. Decían todos los que me veían que era yo muy lindo, y mi dueña estaba orgullosa de mi hermosura; pero á mí no me satisfacían las alabanzas y las galanterías. Mi vida era el amor! Yo quería tener una hermanita, y como era solo, busqué hasta donde alcanzó mi vista entre las flores del jardín, alguna que me quisiera, pero ninguna me miró con cariño. Tal vez si yo les hubiera dicho que las amaba mucho me hubiesen querido, pero al verlas á todas comprendí que ninguna me llenaba el corazón y no quise engañarlas. Yo las quería comó amigas, pero como hermanas, no. Desde entonces empecé á ponerme pálido y amarillo, y un día oí á mi pequeña dueña, que siempre me había tratado bien, contarle á su mamá que me haría todas las medicinas que el médico había mandado; que su amiga Blanca iba á rezarle á la Virgen, pero que si yo no me volvía á poner hermoso, me mandaría á la basura porque ella no quería *visiones* en su jardín. ¡Ay! ¡ay! esa nueva amargura me faltaba sufrir! Cuando la niña

se fué postré mi frente en el suelo y le rogué al Señor que si no quería remediar mi mal, me llevase pronto de este mundo para no servir de estorbo y tormento á ninguno! Estaba mi cerebro tan débil, que me desvanecí, y cuando volví en mí solo, porque nadie me hizo caso, lloré otra vez mucho, y poco á poco mis ojos se cerraron y me quedé dormido. ¡Ay, niñita! Dios quiera que tú tengas también un sueño tan hermoso como el que yo tuve: soñé que me llevaban á otro jardín muy lindo en el cual había muchas flores; yo las ví á todas, y eran como las que yo conocía, pero de repente trajeron una en linda maceta, y al verla me pareció que había visto el cielo abierto.

Un pajarito me la acercó al corazón, que se había abierto de felicidad, y cupo tan bien en él como si lo hubieran hecho á propósito: era blanca como la inmaculada nieve, sus cabellos eran de oro, y su perfume, ¡yo no había aspirado otro igual en mi vida! Me miró con mucho cariño, y como yo le dije que la quería con todo mi corazón, ella me

contestó que no me abandonaría nunca, y sería muy feliz! Pero en el momento que yo iba á preguntarle cómo se llamaba, sentí un golpe en la frente y me desperté; entonces comprendí que había soñado y que iba á ser más infeliz que antes porque la había visto y no era más que en sueños! Me volví para saber quién me había golpeado, y sólo ví á una mariposa color de fuego que se alejaba volando! La llamé, pero no me hizo caso, y cuando despues pasaron otras cerca de mí, les pregunté si conocían á mi flor y les dí sus señas; ellas me contestaron con dulzura que la conocerían si les decía su nombre; como no pude decírselo, se fueron. Después alce los ojos para preguntarle al sol si la conocía, pero éste seguramente había reñido con la aurora, pues, como siempre que esto sucedía, estaba envuelto hasta los ojos en su capa gris y no me vió. Les pregunté á los pájaros y me contestaron lo que las mariposas. Aquella noche no dormí, que era mi único consuelo, para esperar á la luna, y cuando salió le dije que si por ser también

blanca conocía á mi flor, y me contestó con mucha tristeza, que lo sentía en el alma, pero que no podía consolarme, porque como ella venía de noche no distinguía el color de las flores. Entonces pasó una nube delante de mis ojos y los cerré para no abrirlos más. Al día siguiente me despertó tu voz, niña, y entonces fué cuando me trataste con tanto cariño que, si no fuera porque ya he dado toda mi alma, tú serías mi primero y único amor.

—Y al decir esto, prosiguió Blanca, bajó su cabecita y me besó la mano!

Cuando acabó de hablar, le dije: Mira, no te vuelvas á abatir, vas á ser feliz; espérame un momento, que vuelvo en seguida.

¿Puedes tú, me dijo, darme la salud? Sí, le contesté; si me hubieras dicho esto cuando te pregunté qué tenías, ya estarías bueno, pero Dios permitió que no lo hicieras, para probarnos. Lo besé en la frente y me fuí volando, entré en la capilla, le pedí permiso á la Virgen, y cogiendo la maceta que había llevado antes, me la llevé. ¡Leonor, Leonor!

prosiguió la niña rubia levantándose, para decirte lo que pasó cuando puse la maceta de la flor blanca junto al lirio, se necesitaría ser como un trovador de esos que tocan y cantan historias, y yo no lo soy; pero ven, añadió cogiendo á su amiga por la mano, obras son amores y no buenas razones; vèn y verás!

—¡Ay! exclamó Leonor cuando las dos niñas entraron en la capilla. Delante del altar de la Virgen de Mayo rodeada de una nube de flores, había dos macetas de porcelana azul y estrellas de oro; en una estaba el lirio, y entre sus innumerables hojas color de esmeralda se movían suavemente tres flores color de cielo! En la otra estaba una azucena, blanca, inmaculada, radiante de belleza!

—Si tú hubieras tenido fe!... dijo Blanca á la morena.

—Yo no tengo la culpa de no tenerla, contestó ésta mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Sí la tienes, repuso Blanca con serie-

dad; si la pidieras á la Virgen te la daría: vamos á pedírsela, añadió arrodillándose, imitada por su amiga.

Y como si le hubieran llegado á el alma estas palabras, una mariposa que había oído toda la conversación y seguido á las niñas á la capilla, plegó sus alitas color de fuego y también rezó!

Entonces se oyó un murmullo, suave, muy suave, y alzando Blanca los ojos vió entre la enredadera que tapizaba la ventana que daba al Oriente, á un colibrí, junto á él una mariposa muy jovencita, y más allá, la blanca, la dorada, la azul, todas, acompañadas por una *primavera* que cantaba mirando al cielo!

¡AY!

Con honda melancolía
Fuí á la tierra bien amada;
Fuí á la casa que era mía,
Y estaba triste y cerrada.

Ví mi iglesia tan querida
En la cual era dichosa,
La que mi alma nunca olvida:
Sola estaba y silenciosa.

El atrio seco y polvoso
Y los árboles sin hojas;
Por el cielo majestuoso
Se cruzaban nubes rojas.

Cercano el sol á su ocaso,
Ya se iba, se alejaba,
Rastro dejando á su paso
En la torre que besaba;

Rastro de oro luminoso
Que duró sólo un instante:
Se fué el astro esplendoroso
Y se fué la luz radiante.

Quedaron sólo reflejos,
Vaga luz, ténue, velada,
Y se vió venir de lejos
La noche obscura y callada.

Con lento paso cruzaban
Por la arenosa vereda
Las vacas, que regresaban
Entre blanca polvareda.

En otras tardes muy bellas
Pasar también las veía:
Viejas conocidas, ellas
Sabían que yo las quería.

Pero ¡ay! ví tristemente
Que no me reconocieron:
Todo, todo diferente;
Esas tardes no volvieron.

Del camino ví á la orilla
Un maizal viejo, reseco,
Teniendo la hoja amarilla;
Cerca estaba un árbol hueco.

Las cañas pasó abatiendo
El viento del Norte, frío:
Lo recibieron gimiendo,
Y también se quejó el río.

Del tronco roto salía
Eco de extraños rumores:
¿Era el árbol que gemía
Por pasados esplendores?

En la campiña, mi encanto,
Mudo estaba todo, muerto:
Fuí al jardín que quise tanto,
Y era también un desierto!

¡Ay! mi pueblecillo amado,
El que tan risueño era,
¿Dónde lo habrán ocultado?
¿A dónde estás, Primavera?

NOCHE DE INVIERNO.

Todo en silencio está, todo reposa,
Descansa todo del afán del día;
Ya aparece la luna misteriosa
En la bóveda azul, serena y fría.

Es mes de escarchas, de las aguas-nieves,
De aire inclemente, penetrante y frío;
Las noches largas y los días breves,
El completo contraste del estío!

El rayo de la luna, casta diosa,
No baja aún á mi verjel florido;
Vaga sola la sombra silenciosa;
El cefirillo audaz yace dormido.

El cielo ¡cuán sereno! las estrellas
Cual nunca brillan con fulgor divino,
Y lucen plateadas y más bellas
Las altas ramas del esbelto pino.

Mas ya baja la luz, va penetrando
En las masas sombrías del follaje;
Poco á poco á la sombra va alejando,
É ilumina por fin todo el paisaje.

Pasea por los valles, por los prados,
Pero del bosque..... hasta el lindero llega;
Vaga errante en los montes azulados
Y con la nieve de los montes juega.

Bella, radiante, luminosa y blanca
Brilla la nieve contemplando el cielo;
Se desliza la luz por la barranca
Y se baña en las ondas del riachuelo.

Las flores se despiertan saludando
A la pálida reina encantadora,
Se embelesan su rostro contemplando,
Y así las halla al despertar la aurora.

DOCE DE DICIEMBRE.

Una flor, aunque humilde, traigo, Señora;
La corté esta mañana viendo á la aurora.
Es, madre mía,
La esencia de mi alma,
Mi poesía.

Aunque pobre y sencilla mi ofrenda sea,
Que halle en vos acogida mi alma desea:
Si los tuviera,
Los tesoros del mundo
Hoy os trajera.

Más hermosa que el astro que alumbra el día
Vuestro nombre es, más dulce que la ambrosía;
Celeste ensueño;
Nunca tuvo la tierra
Más dulce dueño.

Aunque nunca merezca ser escuchada,
Hasta vos mi plegaria sube confiada;
Si sois tan buena!......
¡Blanco lirio del valle,
Casta azucena!

Del jardín mexicano la flor más bella,
Clara luz de la gloria, del mar la estrella,
Sois vos, María.
Hoy mi amor en un beso
Mi alma os envía!.....

ADDIO TERRA.

Dejadme por piedad, ensueños locos;
Nada me gusta ya, dormirme quiero;
Fueron mis dichas y placeres... pocos;
Fueron mis penas tantas... que me muero.

Me muero del cansancio de la vida,
Del constante bregar... siempre luchando:
Quiero verme por fin desfallecida
En brazos de la muerte... descansando.

Es un arcángel pálido la muerte;
No es un espectro, no, eso es mentira:
Acércate á mi lecho, quiero verte;
Sólo tu nombre desconsuelo inspira.

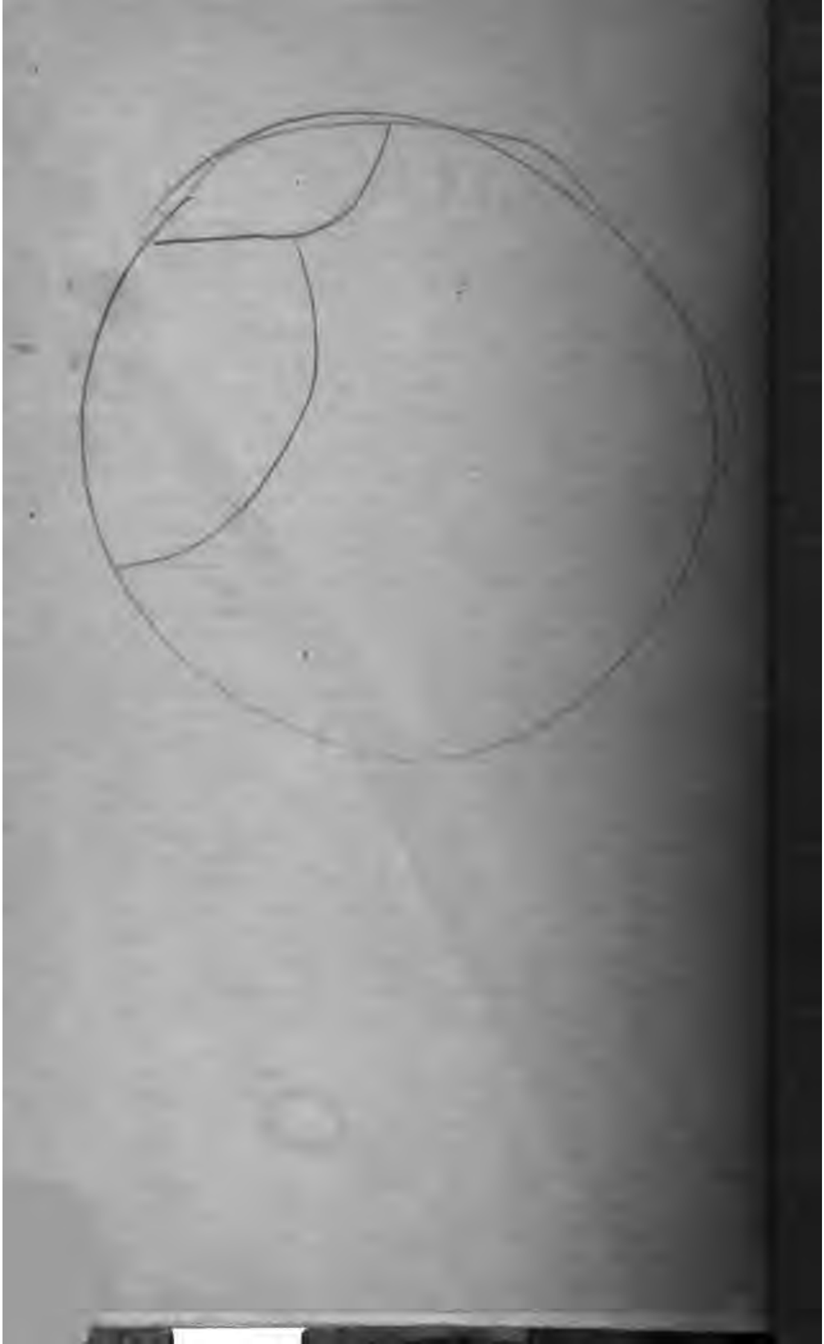
Tu nombre nada más; ¿y qué es un nombre?
Al sentirte llegar y hablando quedo,
Así te puso, sin mirarte, el hombre
Con los ojos cerrados por el miedo.

Verte no quiso, y te llamó castigo,
Y lo eres, en verdad, para el malvado;
Pero eres dulce y bondadoso amigo
Para el que cumple como buen soldado.

Porque es lucha la vida, lucha fiera;
¡Qué horrible batallar! siempre luchando;
Y tú contestas desde arriba: "espera"
A quien te llama y te pregunta: ¿cuándo?

Al fin llegas, ¡oh muerte! eres la calma;
Huye, al verte llegar, la desventura,
Y entre tus brazos refugiada el alma,
Tú la conduces á eternal ventura.

ÍNDICE.




Syracuse, N. Y.

